

Sangría

Revista de terror y novela negra

Año I Número 1



Sangría, revista de terror y novela negra, año 1, No. 1, febrero-mayo 2021, es una Publicación cuatrimestral editada y publicada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3311893499, correo electrónico: somosrevistasangria@gmail.com, editorial@revistasangria.com. Reserva de derechos al uso exclusivo on-line e impreso: en trámite, ISSN on-line e impreso: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Maquetada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3310050278, correo electrónico: bruno.perez@revistasangria.com. Este número se terminó de maquetar el 26 de enero de 2021. Las opiniones expresadas por los autores no están basadas en las posturas del editor ni de la revista. Se permite el uso del material incluido y la reproducción de su contenido para trabajos académicos o de otra índole, siempre y cuando se cite la fuente.

Dirección general

Bruno Cayetano Pérez Munguía
Ana Paulina Murguía Fabián

Coordinación y cuidado editorial

Ana Paulina Murguía Fabián
Bruno Cayetano Pérez Munguía

Diagramación y diseño

Bruno Cayetano Pérez Munguía

Comité editorial y corrección

Ana Paulina Murguía Fabian
Bruno Pérez Munguía
Oscar Fernando Carbajal Bautista

Editorial

La revista que tienes en este momento en tus manos es una creación nueva e independiente que se ha formado no sólo para demostrar que el género de terror y negro siguen plenamente vigentes, sino también, para generar una convivencia entre los que han autores, creadores y editores en el pasado, lo son en el presente y los que con ilusión lo serán en un futuro. **Sangría** surge como una propuesta en la cuál el espacio de convivencia y la libre expresión son bases para un óptimo desarrollo; siempre llevando de la mano uno de los aspectos que más motivan o detienen al ser humano: el miedo.

Como tal, la literatura nos permite vivir otras vidas, aprender a querer, a razonar o encontrar soluciones a la vida. Es por eso por lo que la literatura negra, del crimen, nos invita al abismo, a experimentar formas y sensaciones que probablemente no tendríamos en nuestra vida diaria. Gracias a esto podemos afrontar los miedos o hacer realidad en alguna parte de nuestra mente los sueños más oscuros que nos atormentan... o nos liberan. No se trata de juzgar lo que leemos sino de experimentar sensaciones que nos hagan entrar en planos imaginarios que nos lleven a crear un entorno que tal vez nunca antes habríamos pensado.

Las normas sociales nos controlan, evitan que sigamos nuestros instintos básicos y que todo lo que nos rodea se convierta en caos. La literatura negra, entonces, se vuelve una válvula de escape, una sublimación del deseo prohibido, de las chispas de locura que nacen en cada uno de nosotros. Y ya sea que el día de hoy te encuentres aquí como lector o autor, es un placer para mí experimentar estas sensaciones a tu lado.

Revista **Sangría** es un espacio literario donde verás el reflejo del espejo que siempre queda en las sombras. Por lo que, en este, nuestro primer número, te invitamos a experimentar desde las expresiones artísticas lo que tanto temes o lo que tantas veces ha rondado por tu mente. En este número podrás encontrar relatos que te harán sentir empatía con los cuervos, gozar la muerte de los cerdos o agradecer a tu reflejo.

Es un honor para mí compartir este número contigo, no importa tu nacionalidad, género, edad o creencias; en **Sangría** siempre habrá un espacio para quien busca liberar sus demonios y encontrar sus más profundos miedos.

Paulina Murguía

CONTENIDO

Narración

Con los ojos bien abiertos <i>Carlos Ramos</i>	8
Época de carneo <i>Gabriela Chiapa</i>	11
El Banquete <i>Jim Kalep Castillo Gutiérrez</i>	14
Espantapájaros <i>José Rodolfo Espinosa Silva</i>	17
Esquizofrenia <i>Maleni Cervantes</i>	20
Kuk <i>Loreto Soledad</i>	23
La habitación <i>Elizabeth Segoviano</i>	26

Poesía

El Nahual y el chamula <i>Eli Abraham Escobedo González</i>	30
Al poeta velado <i>Mónica Monzon</i>	32

Ilustración

Muerte súbita	33
Flowers <i>Tania Solís</i>	34

La espera apocalíptica 36
Clemente Gaitán

Poesía

El vampiro veneciano 37
Luis Fernando García Castañeda

Te quiero enferma 38
Mariana Naiman

El Necronomicón 39
Adrián CG

Respirar es indefenso 40
Ana Jazmín Sossa González.

Narración

La casa del ojo rojo 42
Juan Luis Henares

Mi amigo visible 45
Juan Martín Paris

Polaroid 47
Santiago Eximeno

Por ella perdí la cabeza 50
Francisco Juan Barata Bausach

Solos 53
Ángelo D'alessandro

Esperar 55
SHI

Un pedazo de pastel 56
Gerson López

Microrrelato

Desde las sombras <i>Edgard J. Rivera</i>	58
Monólogo de un rey <i>Roger Park Avila Vera</i>	58
Mórbida pieza <i>Sabo de Oporto</i>	59
Misterio <i>Godié</i>	59
El próximo serás tú <i>Balthier Gallant</i>	59
Hogar, dulce hogar <i>Gabriela Mora</i>	59
Los niños muertos <i>Arlette Luévano</i>	60
Ailurofobia <i>Julia Melissa Rivas Hernández</i>	60
Sonrisa <i>Al Samil</i>	61

Ensayo

El diablo como personaje en Tambache de cuentillos panicosos de Pancho Madrigal <i>Silvia Quezada Camberos</i>	62
La fotografía: un inventario de la muerte <i>Mauricio Rumualdo</i>	65



Con los ojos bien abiertos

Carlos Ramos

Primero le sirvió sopa de fideos. Sorbía de manera asquerosa, era repugnante escucharlo. Después le puso un guisado que llevaba betabel. Él acarreo hacia su boca una porción grande, lo escupió de inmediato.

—¡No me gusta el betabel!

De manera injustificada y absurda, lanzó el plato por los aires, mientras volteaba la mesa de madera con una patada. Mientras tanto ella hacía pequeñita para no ser, de nuevo, presa de la violencia de ese monstruo. No tardó mucho en tomarla del cabello y golpearla: le dio varias veces con la mano abierta en el rostro; el ruido de cada golpe resonaba en las paredes, su cara ya estaba marcada, de su nariz comenzó a brotar sangre.

No era la primera vez que la golpeaba, al principio solo lo hacía cuando llegaba borracho y enojado por gastarse el poco dinero que ganaba: un círculo vicioso. Luego, lo comenzó a hacer sin estar ebrio, por cualquier razón.

Había pensado en irse, en salir de ese infierno, pero siempre algo la detenía. Era consciente de que no lo amaba, pero no tenía a donde ir. Su familia hace mucho que la había olvidado, las amigas estaban cansadas de solo escuchar mentiras por los moretones, y excusas cada vez que ellas le ofrecían ayuda. Seguía ahí por costumbre, por miedo, por ser sumisa, porque «era lo que ella había elegido». De vez en cuando le daba coraje y se revelaba, guardaba unos pesos para ella, para cuando decidiera irse; le escupía a la comida, pero eso era todo lo que podía hacer como venganza.

Estaba casi al nivel de una esclava. Él la trajo de un pueblito, era una adolescente cuando eso pasó. No sabía leer ni escribir —en pleno siglo XXI no sabía hacerlo—, él la «educó» a golpes. A los padres de ella les pareció bien que se la llevara, una boca menos que alimentar, para ellos fue un alivio. Él aprovechó la situación para llevársela y tratarla como lo hacía. Ella aún con familia se encontraba sola en el mundo.

Él era un verdadero cerdo, un animal y un desquiciado que enloquecía por cualquier cosa. La golpeaba y sentía un placer retorcido al hacerlo. Le venía la furia cuando ella no lloraba y, entonces, los golpes se hacían más fuertes y las marcas más duraderas.

Ese día lo decidió: se iría a cualquier lugar, pero lejos de él. Ya no era la chiquilla flacucha que le vendieron sus padres. Estaba nerviosa mientras echaba sus pocas pertenencias en una bolsa de plástico, porque no tenía una maleta. Aprovecha-

ría ese momento porque él, seguramente, estaría bebiendo ese viernes en la tarde.

Ya tenía todo listo cuando escuchó un golpe en la puerta, se asomó y ahí estaba él, tirado y perdido de borracho. Era la oportunidad para irse, pero algo la detuvo, se quedó para ayudarlo a levantarse y casi cargarlo para meterlo a la casa ante la vista inquisitiva de algunos vecinos. Con mucho trabajo logró recostarlo en el sillón, pero una vez que estuvo ahí se volvió loco. Gritaba que quería comer, insultándola con la mirada perdida y un hilo de baba que se le escapaba al hablar. Ella, contra su voluntad y su plan, calentó la comida que siempre estaba lista sobre la estufa. Esperaba el momento de irse, tal vez cuando se quedara dormido o, si tenía suerte, cuando muriera ahogado en su propio vómito.

Puso el plato con caldo de res en la mesa y le dijo que estaba servido, lo volteó a ver y se preguntó cómo haría para comer debido a su estado de ebriedad. Lo tuvo que ayudar a llegar a la mesa. A pesar de que se tambaleaba, seguía diciendo que tenía hambre. Vio su comida y le pidió un limón— un maldito limón—. Ella fue por uno y lo cortó en la mesa, se lo dio y se alejó un poco porque no quería verlo ni escucharlo, porque al comer era aún más grotesco.

Regó casi todo porque no podía llevárselo a la boca, se manchó la camisa y enfureció. Aventó el plato contra ella, con ojos borrosos, trató de buscarla para seguir lanzándole cosas. Ella lo tenía claro: «esta vez no, hoy no». Vio cómo trataba de levantarse, pero su gordura y el alcohol no se lo permitían, solo le decía groserías. Pensó que se cobraría todo lo que le había hecho hasta ese momento; agarró la tabla en la que cortaba las verduras, estaba decidida en darle en la cabeza con todas sus fuerzas y luego se iría.

Se acercó a él con violencia, pero él se le fue encima gracias a un tambaleo de borracho y cayó sobre ella. Ambos quedaron en el piso. Ella se quejaba, no podía moverse debido a que todo el peso de él estaba sobre su cuerpo y, para su desgracia, estaba noqueado. Hizo lo posible por hacerlo a un lado, pero no pudo; estaba muy debilitada debido a que el cerdo e inhumano, antes de caer sobre ella, había tomado el cuchillo con el que cortó el limón y, con una precisión ridícula, lo enterró en la parte izquierda del estómago de ella y, al caer, lo jaló y provocó una herida profunda y larga. Fue así como los dos se quedaron en esa posición por varias horas.

Los vecinos escucharon los gritos, el ruido y el alboroto, pero no intervinieron porque antes habían sido culpables al tratar de ayudar. Así que simplemente dejaron que pasara como siempre.

Cuando despertó, tenía un horrible dolor de cabeza, el peor que hubiera experimentado: apenas abrir los ojos, parecía que los tenía pegados, y el despertar fue doloroso; luego cobró conciencia de dónde se encontraba. Al principio se horrorizó y gritó, pero al poco rato prefirió callarse. Ella estaba ahí, debajo de él, sin respirar, con los ojos abiertos, muy abiertos, y sin sangre en su cuerpo: toda estaba en su ropa, en el piso.

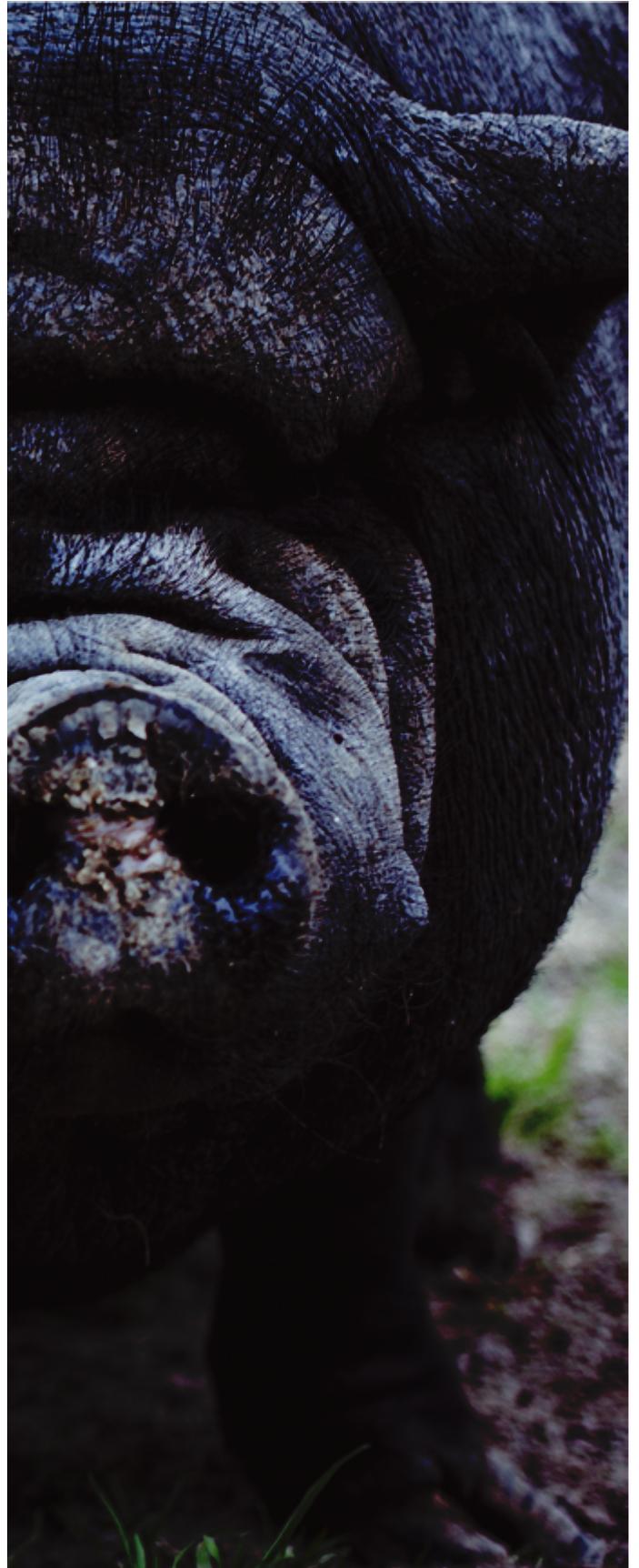
Se levantó con mucho trabajo, su cuerpo obeso le hacía difícil su andar. Como pudo, se sentó en una silla, vio lo que había hecho y vomitó. ¿Y ahora qué iba a hacer? Lo primero era deshacerse del cuerpo, pero ¿en dónde y cómo? La resaca lo hacía pensar lento.

Con mucha dificultad, metió el cuerpo en la cajuela, condujo de manera errática hasta llegar a un paraje solitario y ahí dejó a la mujer. Pensó que los ratones, las ratas y los animales carroñeros se encargarían del cuerpo y, de esa manera, a él no lo podrían culpar. Además, estaban sus influencias por si acaso. Lo cierto es que esos casos nadie les da seguimiento y si no hay denuncia, menos.

Pasó el tiempo y la suerte quiso que saliera impune. Cuando encontraron el cuerpo ya no era reconocible y, como nunca hay presupuesto para investigar, los restos se fueron a la fosa común.

Un día, como si nada hubiera pasado, salió a comprar comida: siempre la pedía para llevar porque ahora disfrutaba comer en soledad como una verdadera bestia. Al regresar a su casa, puso la charola de unicel sobre la mesa y con las manos comenzó a devorar lo que había dentro, buena parte de la comida quedaba en su ropa o en el suelo. Tomó una porción grande y abrió la boca lo más que pudo. Él no lo sabía pero ahí iba un pequeño ratón moribundo. El roedor, al sentir que sería triturado, reaccionó y comenzó a moverse con rapidez. Él quiso escupir, pero no pudo— la suerte esta vez quiso que el animalito se le fuera hacia la garganta—. Desesperado, trató de toser para sacarlo, usó sus dedos, pero solo logró que el animal se alterara más y sintió las afiladas garras dentro de su garganta.

Mientras estaba luchando por su vida, un pensamiento lo atravesó por completo: era ella, ella estaba en el pequeño ratón; seguramente juntó todo su odio y regresó solo para vengarse. Quedó tirado en el piso, boca arriba, sin aire, sin vida, con los ojos bien abiertos.





Época de carneo

Gabriela Chiapa

Impasible, Ester seguía haciendo lazadas en su tejido azul marino. Todo a su alrededor volvía a la normalidad. Los platos se apilaban sin lavar, la canilla goteaba en la ducha del baño, las camisas se amontonaban en el cesto para planchar, hasta el perro se quedaba acostado al lado de la estufa con la panza hacia arriba. Parecían siglos desde aquel exabrupto que la había confinado a estar sola, aislada del mundo que había conocido, aunque eso no le molestaba. Había deseado esa soledad desde que se casó.

Le presentaron a Eduardo en el festejo de los quince años de Renata, la prima menor de la familia. Ester era la pobre prima solterona, nadie se lo decía en la cara y los cuchicheos cesaban cuando ella se acercaba, pero lo sabía. A pesar de eso, ella

vivía feliz con sus padres, sin importarle mucho si a sus treinta años iba a conseguir marido: poco le importaban los comentarios de unas viejas chusmas. La tía Amalia, que había adquirido hábitos de casamentera, sentó en la misma mesa a Ester y a Eduardo, con el tonto chiste de: «Sus nombres comienzan con la misma letra, ¡qué coincidencia!». Miradas tímidas y conversaciones de lugares comunes, entre los dos apenas llegaban a terminar una que otra oración.

No pasó mucho tiempo después de ese cumpleaños cuando la «coincidencia» terminó en matrimonio con una fiesta: llena de parientes asombrados, muchas risas de por medio, sin contar el gran banquete al mejor estilo campo: chacinados, lechones, pollos y vacunos asados; por supuesto, sin dejar de mencionar los pasteles y demás exquisiteces caseras. La novia con su vestido heredado de su madre estaba tímidamente sentada en la cabecera, mirando todo desde esa punta solitaria. Algunos pasaban a saludarla, desearle un buen matrimonio y seguían de largo. Las conversaciones y los grupos de personas se concentraban alrededor de Eduardo, pues era claro que la mayoría eran sus allegados. De la ciudad, pocos habían podido llegar a ese recóndito lugar aislado en el medio de la nada, al menos para el pensamiento de la mayoría de los familiares de Ester. Así como fue su fiesta de boda, fueron los años que siguieron. La soledad de la finca, las charlas en el almuerzo con Eduardo, y el resto del día para los quehaceres domésticos. Los años pasaban entre mantener la casa impecable, en orden, la ropa limpia y planchada, atender las necesidades de Eduardo y, por supuesto, olvidarse de cuidar de ella misma. Tal vez así es como debía ser. Trataba de pensar para aliviar su sentimiento de hastío. Los perros y los gatos, criados en manadas, eran la compañía cotidiana: quienes escuchaban

sus monólogos cerrados y angustiantes; pero, al menos, ya no era la prima solterona. Nunca le faltó nada, pero tampoco deseaba algo, salvo volver a ser la niña de sus padres, donde no tenía tareas cotidianas que hacer.

Para Ester, no ser madre no era un calvario, hasta se sentía aliviada por no tener un hijo, pero era diferente para Eduardo. No tener un hijo era una prueba que afectaba su hombría, que lo hacía sentir incompleto, sobre todo ante las frases de su madre que recriminaba la culpa a la esposa poco fecunda. De a poco se fueron distanciando, cada uno dejando su vida en quehaceres diferentes, obligados por alguna regla social que les fue impuesta desde el nacimiento. Eduardo no aparecía por la casa hasta bien entrada la noche, cuando se sentaba ante el plato de sopa caliente que le había dejado Ester poco antes de acostarse a dormir. A veces el cansancio le ganaba, pero era la excusa más acertada para no tener que escuchar el silencio atroz que se generaba entre los dos. Suficiente era tenerlo todo listo para mantenerlo poco satisfecho con su rol de ama de casa. Ya nada le hacía sentir que ese lugar fuera su hogar: para Ester, era un punto vacío en el tiempo donde nada ocurría; para Eduardo, apenas era donde podía comer y dormir y luego dejaba de existir toda conexión.

Se acercó muy rápido la época de carneo, el peor momento para Ester. La desesperaba nada más pensar en todo lo que Eduardo la obligaba a hacer. Odiaba sobre todo el chirrido que emitían las pobres bestias cuando eran asesinadas, según ella. La sangre, el olor, las vísceras en la mesa, todo le revolvía el estómago, no podría nunca acostumbrarse a todo ello. Y él, no la comprendía, solo le daba órdenes, le exigía estar presente ayudando, mirando y escuchando ese horrible sonido. La agobiaba ver cómo se retorció el pobre animal, mien-

tras Eduardo le metía el cuchillo por el cuello y lo retorció haciendo que la sangre manara como una catarata, salpicándole el vestido y las alpargatas. Este año no iba a ser diferente a otros, salvo que ella se había encariñado con un lechoncito que había nacido cojo de una patita y quería protegerlo de la carnicería que provocaba tanto dolor. Entendía que no podría conservarlo como mascota, ya que siempre iba a colgar sobre su cabeza el cuchillo amenazante y cruel. Aun así, no pudo evitar sentir algo cálido cada vez que ese pequeñito se acercaba cuando la veía. Volcó en él ese amor que no tuvo y que nunca pudo dar. No sabía lo que era el sentimiento maternal ya que nunca nacieron en ella esas ganas de tener en sus brazos a un niño, pero esto podría acercarse bastante: protegió a ese lechoncito lo más que pudo.

El lunes volvió de la ciudad justo en el momento en el que Eduardo sacaba el cuchillo ensangrentado del cuerpo ya inerte del lechoncito. Se quedó paralizada mirándolo con toda la bronca acumulada de años de sumisión, recordando la impotencia de no haber podido expresar sus palabras, con el hastío del orden y la limpieza obligada, sustraída de la casa paterna donde era mimada, todo eso se concentraba en su mano. El golpe fue certero, no en vano había pasado años ayudando a matar cerdos. El cuchillo que tomó del mesón entró completo en la garganta de Eduardo. La sangre bullía roja y caliente, pero no se retorció como ella imaginaba que iba a pasar, como sucedía con los animales. Fue tan rápido, él solo se desplomó en el suelo y no se volvió a mover. El chaleco amarillo que ella le había tejido estaba manchado, no iba a servir más, eso no se podía lavar. Sus movimientos fueron mecánicos, sabía de memoria como elaborar los chorizos y diferentes chacinados. Sus manos se movían sin pensarlo. Para ella, lo que había delante

en la mesa era un cerdo al que debía desmembrar y convertir en fiambres, luego colgarlos en el galpón, en los ganchos que ya estaban dispuestos, y dejarlos allí.

Al entrar a la casa, sintió frío: la leña se había acabado y solo quedaban brasas en la estufa. Esa casa, que no era suya, que no la sintió nunca propia, ese lugar ahora vacío, ya no significaba nada, y el frío que helaba los huesos amenazaba con correrla de allí. Con el chaleco amarillo en la mano, chorreando sangre, se acercó a las brasas y lo arrojó como quien tira un papel sin importancia. El humo empezó a inundar la sala, el fuego comenzó a arder sin resistencia y alcanzó pronto la mecedora donde ella tejía, de allí pasó al armario y, de pronto, no hubo forma de frenarlo. Ester salió tranquila al patio y se quedó allí, de pie, mirando el espectáculo de colores rojos, amarillos y naranjas que emitía la casa en llamas. Unas sirenas que se acercaban la despertaron de su ensoñación: eran los bomberos. Al parecer, el fuego se veía desde las fincas cercanas y los vecinos dieron aviso del suceso. Se la llevaron en ambulancia, ella seguía absorta en su mundo sin prestar atención a las preguntas que le hacían la enfermera y un oficial de policía. Permaneció así dentro del hospital, sin emitir una palabra; y así siguió por los dos años en los que sus padres la internaron en un manicomio.

Un día habló, pidió volver a su casa, con toda naturalidad se vistió y caminó por el blanco pasillo del hospital. En la puerta la frenaron dos enfermeros musculosos, ella los miró y volvió a pedir que la dejaran volver a su hogar. Parecía asombrada de la fecha en la que vivía, en el lugar que habitaba, de las personas que la rodeaban. Por autorización de los padres y en su compañía, Ester salió de esa institución cuando estaba cumpliendo cuarenta años. Al llegar, Ester bajó y no dijo nada, solo miró a su

alrededor, se acercó al galpón donde guardaban el carneó y recordó: como relámpagos las imágenes volvían a su memoria, golpeándola en el pecho. Por fin, Ester lloró, con un llanto sentido, con todo el dolor que su cuerpecito delgado le dejaba, señaló el galpón y, mirando a sus padres, dijo: «Ahí está Eduardo». Se miraron entre ellos e implícitamente comprendieron y decidieron no contarle a nadie.

Ester se mudó a la casa paterna, su memoria retrocedió en el tiempo, se sentía de treinta otra vez, hacía chistes a su padre, se sentaba al lado de su madre junto al fuego de la estufa y la miraba tejer. Nunca más se habló de Eduardo en esa casa. La policía pasó varias veces a tomar declaraciones, pero obtuvo las mismas respuestas: Ester no estaba en todos sus cabales y sus padres no sabían del paradero de su esposo; él la había abandonado y no sabían dónde se había metido. Con el tiempo, todo se olvidó. La historia de los chismes de las tías era que la pobrecita de su sobrina se había vuelto muda y loca porque la había abandonado su esposo. Las primas la miraban con ternura, les daba lástima. Y Ester, mirándolas de reojo, se sentaba a tejer con lana azul marino y por dentro reía, saboreaba la libertad de dejar los platos sucios y la ropa sin planchar. A su vez, recordaba los ojos azules de Eduardo, los cuales estaban guardados en un frasco de vidrio bajo su cama.



El Banquete

Jim Kalep Castillo Gutiérrez

La tarde se desplomaba vaporosa por los ventanales del Salón Magenta mientras los invitados reían entre bocanadas de humo y sorbos de vino, dulcemente ambientados por la deliciosa música de viento; todos parecían expectantes ante la caída del sol y tenían en sus ojos cierto brillo adolescente que los hacía lucir como sacados de uno de los cuadros victorianos de las paredes.

Mademoiselle Lucile miraba sobre el hombro la entrada principal del salón, sonriendo seductora, dejando ver con su mueca aquella prístina sonrisa que la hacía tan famosa, que parecía delatar un espíritu divertido y un instinto cazador con el que podría conquistar el mundo entero. Sus hermosos ojos casi grises absorbían las tonalidades rojizas de las paredes y lanzaba miradas descuidadas por

los rostros, tratando de adivinar las expresiones y actitudes que tomarían sus comensales llegada la hora del banquete que tan afanosamente había preparado para esa noche.

De pronto, una de las grandes puertas se abrió con inusual estrépito, que si bien no alarmaba a la concurrencia, sí resultaba intrigante para la anfitriona, quien expresamente había ordenado que no hubiera interrupciones hasta la primera campanada del reloj tras ponerse el Sol.

—Mademoiselle, lo siento —articuló susurrando con nerviosismo al oído de Lucile un mozo que se acercó ágilmente— ha escapado... pe... pero no ha salido del castillo.

—Asegura el salón, llama a los guardias y evita poner nerviosos a los invitados— respondió sonriendo sin hacer siquiera muestra de sobresalto.

Unos segundos después, el mozo había desaparecido tras las puertas, cerrándolas por fuera con la suficiente discreción para que todo siguiera su curso sin mayores aspavientos.

Caía la noche, seducida por la bruma que se acercaba a los vitrales, cuando un grito desgarró las superfluas pláticas hasta clavar un silencio absoluto en el corazón del salón.

—Les pido calma queridos... —trató de tranquilizarlos— debe ser apenas un accidente sin importancia en la cocina.

Al tiempo los invitados mascullaron una risilla nerviosa tratando de disimular sus verdaderas preocupaciones al respecto, pues aquello había sido un grito tan tempestuoso que resultaba imposible que proviniera de un simple accidente en la cocina. Justo antes de que todo lograra relajarse de nuevo, un golpe seco azotó la entrada desde el pasillo.

—¡No, no... por favor! —suplicaba una voz joven, tratando de forzar la entrada.

Fue en ese momento cuando el inconfundible sonido de las entrañas humanas siendo arrancadas estrepitosamente hizo palidecer a todos; la enorme laguna de sangre caliente comenzó a colarse por debajo de la puerta, trayendo consigo diminutos pedacitos de carne que aún parecían palpar de dolor.

—¡Ahí está! —grito una nueva voz— ¡Ahí es!... —cortó burbujeante, como si de un tajo le hubieran sacado las palabras por el cuello entre salpicaduras y aire caliente.

La concurrencia comenzó a agruparse al centro del salón. Las damas tomaban los brazos de sus acompañantes y los caballeros trataban de recuperar la gallardía mientras colocaban sus manos en las empuñaduras de las espadas de gala que portaban elegantemente, las cuales lucían deliciosamente combinadas con sus finas vestimentas.

—¡Listos! —gritó una voz de mando que parecía mucho más madura que todas las anteriores tras otra puerta— ¡Apunten y fuego!

El estruendoso estallido de varios mosquetes hizo eco en todo el lugar, repitiéndose casi hasta perderse, fue entonces cuando empezaron nuevos gritos aún más desesperados y dispersos que aterrizaron a todos; las salpicaduras en las paredes, los golpes contundentes, los cortes desgarradores y las súplicas parecían ser eternas a los oídos de todos.

De pronto, entre el silencio y el particular sonido de las gotas de sangre cayendo sobre las alfombras se escucharon pasos pegajosos que se dirigían directo hacia la puerta; avanzaban cansados y lentos pero firmes hasta llegar a la entrada principal del salón.

Al instante, algunos hombres corrieron a cerrar la enorme puerta con una gran viga de madera a sabiendas de que sólo estaba asegurada por fuera.

El olor a pólvora y sangre se hacía más y más penetrante mientras aquella criatura se acercaba.

Tres golpes hicieron temblar por completo al castillo. Todos, en absoluto silencio, se miraban atentos tratando de ahogar cualquier sonido que delatara su presencia.

Tres nuevos toquidos...

Las miradas se posaron inquisitivas en Mademoiselle Lucile, quien miraba enérgica las grandes puertas.

—Déjenle entrar —ordenó con intensidad.

Las puertas se abrieron y algo apenas parecido a un hombre, lleno de heridas y bañado en sangre, apareció en el salón: en su mano diestra, la enorme cuchilla con que había quitado la vida a los guardias; y en la otra, vísceras arrancadas de alguna víctima.

La boca abierta chorreaba sangre propia y ajena, mientras que, entre los dientes, restos de piel vibraban con la agitación de sus labios que temblaban deseando arrancar a mordidas las cabezas de los presentes.

—¡Malditos! —gruñó, avanzando y replegando a todos— ¡Lo van a pagar!

De nuevo, las miradas se posaron en Mademoiselle Lucile quien, tras un instante de extraña frialdad, volvió a sonreír dejando notar de nuevo la blancura de sus colmillos.

—¡Bien, queridos! —dijo dando la espalda al agresor— debí gastar una pequeña fortuna, pero he logrado traer al último de los grandes guerreros de la tormenta y no nos ha decepcionado... así que, sin más, ¡Qué inicie el banquete!

De pronto, todas y cada una de las miradas se transformaron, perversas muecas aparecieron y el filo de distintas armas brillaron a la luz de la luna que asomaba por el horizonte.

Hombres y mujeres se abalanzaron como una vorágine de cuchillas y dientes sobre el recién llegado que gritaba consciente de su mala suerte; trozos de piel arrancados lo hacían emitir gritos que deberían solo escucharse en lo profundo de los infiernos.

Aquí y allá se masticaba carne o se sorbían sangre y huesos. La víctima, aún con vida, gritaba, mientras que se hacía más estrepitosa la risa de Mademoiselle Lucille, que miraba, casi excitada, el éxito que tuvo El Banquete.





Espantapájaros

José Rodolfo Espinosa Silva

¿Quieres saber cómo terminé aquí? Fue a causa de los cuervos. ¡Vaya que son listos! ¡No! ¡No me pongas esa cara! Esto sucedió antes de que nacieras... ¡Ven, pónete sobre mi hombro! Te contaré la historia. ¿Dónde estaba? Ah, sí... ¡Ustedes son muy listos! Una vez vi un documental acerca de una parvada como la tuya que imitaba el aullido de los lobos. ¿El motivo? El lobo llegaba a la zona y capturaba a la presa que la parvada había visto y, luego de comer, dejaba la mesa lista para ellos.

Los cuervos son como nosotros, omnívoros y oportunistas, comen de todo y, por eso, al llegar al rancho del abuelo Hermes, no me sorprendió que intentaran comerse el maíz. Lo que me pareció increíble fue que un viejo y descolorido espanta-

pájaros los mantuviera a raya. Digo, se supone que son tan inteligentes como para recordar rostros y hacer funerales a sus muertos. ¿Acaso no se dan cuenta que aquel muñeco clavado en la tierra no puede hacerles ningún daño?

Eso mismo se lo pregunté un día al abuelo mientras veía por la ventana cómo uno de ustedes descendía en diagonal y frenaba en el último momento, a pocos centímetros del espantapájaros. Las plumas negras se encrespaban y pareció detener el viento. El cuervo hizo una elegante maniobra y dio media vuelta hasta posarse en un deshojado algarrobo, el más cercano al maizal y ahí se quedó...

—Tal vez no sean tan listos, no creas todo lo que dicen en la televisión. Una cosa sí te digo, de vez en cuando aparece uno muerto. Cuando eso sucede, los demás se reúnen alrededor del árbol, como si le hicieran un velorio.

—¿Y por qué se mueren? ¿Tienen algún depredador por los alrededores?

—Ya te lo dije, chico, no son tan listos.

Quien sí parece muy listo es el abuelo Hermes. Agricultor de maíz, tiene un rancho muy grande y tres camionetas: una para trabajo forzado, otra para ir a la ciudad y una muy lujosa que renta para las fiestas de las quinceañeras y las novias del pueblo.

Habían pasado seis meses desde la muerte de mis padres, cinco desde que me había mudado con mi abuelo. De hecho, pasé un mes en el orfanato —un lugar donde viven los niños que no tienen familia—. Al parecer, el anciano tuvo que hacer mucho papeleo para poder tener mi custodia, una custodia es... bueno, no importa, la cosa es que el abuelo tiene dinero, mucho dinero. Su casa es del tamaño de ocho casas de la ciudad y su televisor es más grande que una puerta. Un televisor es... bueno, no es tan importante, el punto es que vive bien. Era natural pensar que quería compartir su riqueza con su único familiar vivo.

Antes de esto, me gustaba vivir en el rancho. En primer lugar, el abuelo no creía en la escuela, así que no me obligaba a ir. Inclusive, llegué a pensar que en un futuro me heredaría sus bienes, así que aprendía con mucho gusto las labores del campo. Por la mañana revisaba las gallinas y tomaba algunos huevos frescos para el almuerzo. Después ordeñaba a Gertrudis, le ataba las patas, luego arriaba un banquito y un par de baldes de metal. Por último, enjuagaba sus ubres y después bombeaba. La primera vez me dio mucho asco, pero con el tiempo se hizo algo automático.

El abuelo preparaba el almuerzo, casi siempre eran huevos con frijoles, aunque de vez en cuando desayunábamos cereal. Decía que debía comer bien para crecer muy alto y fuerte. Acostumbraba darme una segunda ración que siempre aceptaba con gusto. Por la tarde podía jugar videojuegos o escuchar música en mi habitación.

A veces, el abuelo se iba y me quedaba solo en la casa. No me daba miedo. A las seis era hora de recoger leña y el abuelo me había asignado, como parte de mis deberes, llenar dos carretas de leña cada segundo día.

Lo único que me molestaba un poco era la hora de dormir, el viejo era muy estricto con eso. A las 8:12 pm, hora en que caía la noche, debía estar en mi habitación y no bajar para nada hasta el día siguiente. No había justificación alguna porque mi cuarto tenía baño, así que no necesitaba nada de abajo.

La noche en que todo esto me pasó, yo estaba recostado en mi cama, con mi mano entre las piernas, pensando en Dove Cameron, cuando algo chocó contra mi ventana. Me levanté de golpe y corrí hacia ella. Un ave negra se aproximaba al suelo y justo antes de tocarlo, desapareció. Me tallé los ojos y miré nuevamente, no había error, el cuervo chocó con mi ventana, cayó y se esfumó, como si se lo hubiera tragado el mismo viento.

Salí de mi habitación descalzo, poniendo especial cuidado de no hacer ruido al bajar las escaleras. Cuando estuve en el recibidor, tomé la llave del portallaves y abrí la puerta. La cerré lo más despacio que pude. El suelo estaba cubierto por una especie de niebla color negro que no dejaba ver el pasto. Apenas bajé el escalón que separaba la casa del patio, perdí los colores. Todo el mundo era blanco y negro. Temeroso, volví a subir. Debí haber entrado en la casa, debí haber subido las escaleras y debí hacer como si no hubiese visto nada, pero no fue lo que hice. Volví a bajar. Caminé por ese mundo sin color. Pronto me di cuenta de que tampoco había sonido, no escuchaba el viento, ni el trinar de los grillos. Sólo... graznidos. Sobre mí, volaba una parvada de cuervos. Descendieron y,

coordinados, volaron a mi lado, hasta llegar al espantapájaros. No parecían tenerle miedo. Incluso algunos se posaron en sus brazos. Me acerqué para verlos mejor. Descubrí que el maizal había desaparecido. No había nada, salvo la casa, los cuervos y el espantapájaros.

—¡Hola!

—¿Quién ha dicho eso?

—Soy yo — el espantapájaros acababa de mover su boca.

—¿Tú...?

—Mi nombre es Atlas, ¿quién eres tú?

—Soy Pirítoo.

—Es un extraño nombre, ¿acaso tus padres no te querían?

—Mis padres murieron.

—Lo siento mucho —dijo y noté que había sinceridad en la disculpa del espantapájaros, quien no podía mover los brazos, pero agachó la cabeza un poco.

—Ahora vivo con el abuelo Hermes.

—Ese no es tu abuelo, ni siquiera es un hombre.

—¿A qué te refieres?

—¡Libérame y te lo diré!

—¿Liberarte?

—Desata mis manos y pies.

Obedecí. El espantapájaros bajó de la cruz. Me sonrió y comenzó a desvanecerse.

—¡Corre! —Viré. Un demonio gordo y gris, con garras en manos y pies, estaba junto a la casa. Corrí, corrí por última vez con todas mis fuerzas.

—Pero te alcanzó.

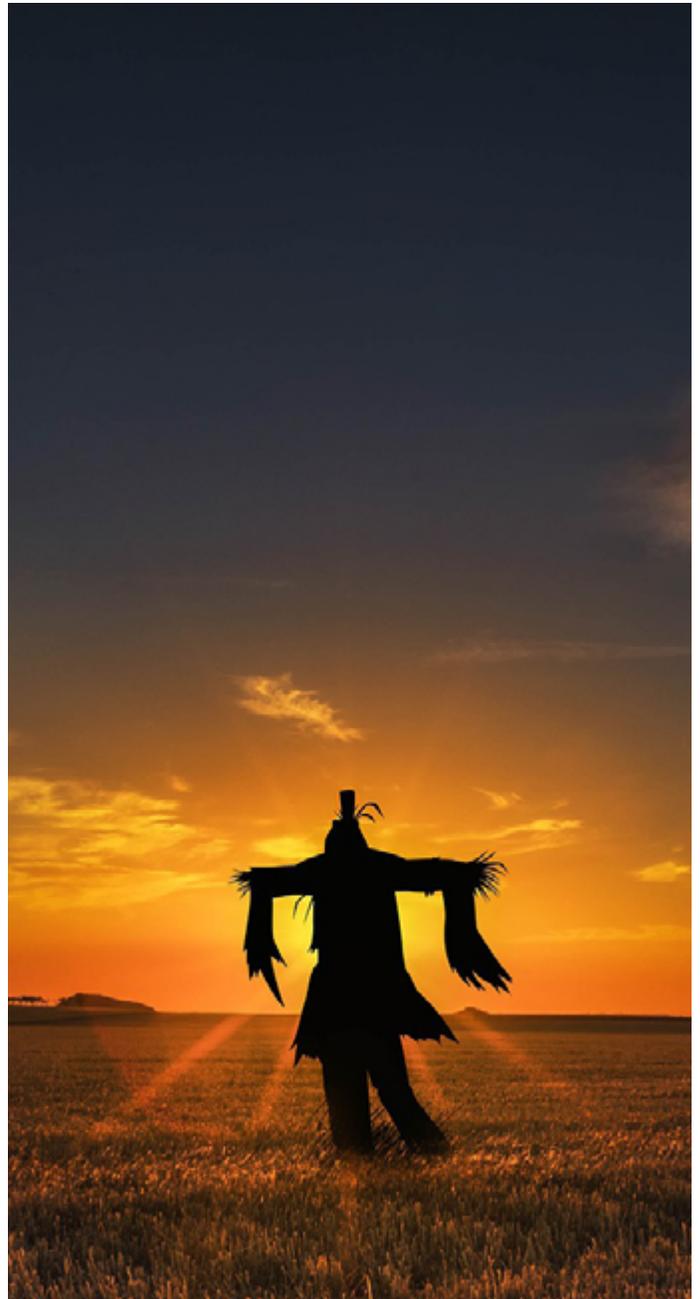
—Sí, me alcanzó.

—¿Qué te hizo después?

—Bueno, esa es una historia para otra ocasión. Amanecerá pronto. ¿Recuerdas qué pasa cuándo amanece?

El pequeño Hugin abandonó mi hombro y voló hacia el algarrobo.

—Algún día traerá otro niño y necesitaré tu ayuda.





Esquizofrenia

Maleni Cervantes

El reloj marcaba las seis de la mañana, la oscuridad estaba a la espera de ser reemplazada por los primeros rayos de la luz solar. Todo anunciaba que sería un día perfecto, ella lo sabía.

Jaqueline estaba en la terraza de su azotea, en aquel cuarto piso. La luz estaba encendida, ella caminaba tambaleante de derecha a izquierda, de adelante hacia atrás. Movimientos que seguían las ráfagas de viento en esa mañana helada.

¿Qué hacía ella? Tal vez, se encontraba pensando en lo nefasta que es la vida, lo aburrida y abrumadora que es la rutina diaria.

Un día naces y ya te ves sometido a reglas, estereotipos para encajar en tu comunidad. A ella le tocaría ser bautizada en nombre de Jesucristo y la iglesia católica. Se vería comprometida a dar su

amor y fidelidad a un ser todopoderoso, incluso sin saberlo.

No me gustaba mirarla, esa mujer tenía algo que me aterrorizaba. Las voces que llevaba dentro me contagiaban de un sentimiento extraño como ella.

Sus ojos clamaban piedad, su voz gritaba odio. Su mirada me seguía, mi piel se erizaba. Ahí estaba ella de nuevo. A veces siento que me persigue con su mirada. Sí, su mirada, una mirada, aquella mirada, esa mirada, mirada, mirada, mirada...

Ella te sigue, ella no te deja en paz. Te encarcela entre sueños. ¿Cómo hacer para olvidar SU MIRADA que congela el alma?

Amarás a Dios sobre todas las cosas. ¿Amarlo incluso más que a la muerte que ella deseaba? Las voces en su cabeza eran cada vez más frecuentes.

—Jesús, aquel que dio la vida por mí.

—Él me ama, pero me odia.

—¿Por qué ha de amarte?

—¿Por qué te odia?

—¿Quién eres tú para creerte digna de su amor o de su odio?

—Él es hermano de todos.

—Chinga tu madre, eres una gorda sin raciocinio.

—No es gorda, wey. Es llenita de amor.

—No seas mamón...

—¡Basta! ¡Ya cállense!

—¿Callarnos?

—¿Nos estás quitando la libertad de expresión?

—Mi reina, te recuerdo que nosotros no existimos.

—Definitivamente, estás enloqueciendo, mi amor.

Eran luchas constantes, un día eran risas; otro, risotadas; alguno más silencio absoluto. Su mente

era un laberinto sin salida. Ella era luz y oscuridad. Era lago, río a punto de desbordarse.

Ella siempre está ahí, camina de acuerdo con el rumbo del viento, el viento es quién le indica a dónde dirigirse. Su mirada está tan vacía que te absorbe hacia ella. ¡Ella tiene sed! Está a la espera de saciarse de ti.

Todas las mañanas es lo mismo, ella en su azotea, mirándote desde lo alto, como un rey a la espera de juzgar a un criado. Cuenta hasta tres, te mira y tararea la misma frase cuántas veces puede.

Ella da miedo, de ese que no puedes evitar. Cierro los ojos y sigo pensando en ella. Mujer de cabello enredado y mirada frívola.

—Tú lo mataste.

—Eres una asesina.

—Dios perdona, no les hagas caso.

—El demonio es más misericordioso.

—No matarás, uno de los diez mandamientos.

—Qué bonito el color de la sangre.

—Y más cuando la derramas tú.

—Al que mata, lo matan.

—¡Déjenme, yo no he matado a nadie!

—¿Rafael era nadie para ti?

—¡Ya cállense, no los soporto!

—¿A quién no soportas? ¿Qué no ves que aquí no hay nadie?

El viento soplaba, ella lo seguía. Bien dicen que lo que tiene un inicio, también tendrá un final.

No importaba lo que ella deseara, ella era muerte, era de cristal. Las voces la asechaban, tarde o temprano habría de gritar. No importaba la hora, tarde, temprano, de día, de noche, nublado, soleado, su respiración era agitada y ella estaba tensa.

Las manos le sudaban, todo el cuerpo le temblaba. ¿Cómo escapar de uno mismo? Subir a la terraza y gritar y gritar.

No importaba cuánto deseara ocultarme de ella, esta mujer era el mismo demonio, siempre te encontraba con SU MIRADA. Ahora corrí, trato de ocultarme entre sombras. Ahora corrí, ella me sigue encontrando. Ella grita entre miradas, «Dios es vida», «Belcebú es paz». Ella me miró, sé que me atrapó, lo sé porque la ansiedad me asecha, porque mi voz se quiebra y ella está por doquier.

Su mirada era inerte como todo lo que la rodeaba. Todo era silencio absoluto. Un paso hacia delante, dos hacia atrás. Ese compás de movimiento se aprecia únicamente en personas con soledad.

«Amarás a tu padre y a tu madre», ¿quién te garantiza que ellos la habían amado? Dios era bueno, él la perdonaría setenta veces siete, no era necesario otra cosa más allá de orar.

—Padre nuestro...

—Que estás en los infiernos...

—San...fornicado está tu nombre.

—Venga a nosotros tu reino.

—Hágase tu voluntad así en la tierra como en el infierno.

—¿Por qué no se pueden callar?

—¿No te gustan nuestras blasfemias?

—Eres una maldita pecadora como todos nosotros...

—Incluso más pecadora.

—La noche.

—Su padre.

—Su madre.

—La última cena.

—Cianuro.

—Dos asesinatos.

—Odiarás a tu padre y a tu madre sobre todas las cosas.

—Yo no los maté, ustedes me obligaron.

—¿Quién te va a creer?

—¿El sacerdote?

—¿La policía?
—Nosotros no existimos, maldita loca.
—Estás enferma...
—¡Muérete!
—¡Muérete!
—¡Córtate las venas!
—¡Ahórcate!
—¡Suicídate!
—¡Satanás te espera!

Nadie sabe lo que se siente. Su mirada me llenó de voces. Todas ellas me invitan al descanso eterno. Tengo que huir. Tengo picazón en todo mi cuerpo. Son los nervios, sí, son los nervios, eso debe de ser. Todos se preocupan por mi aspecto, pero nadie sabe qué me pasa realmente. «No comes», «no duermes», «ya no te preocupas por tu aseo». Ella me persigue todo el tiempo con su caminar tambaleante, yo ya no puedo estar en paz.

Ella no era igual a nadie. Era reservada, amaba a Dios y a sus padres. La santa iglesia católica era su vida. Ella era el tintineo de las campanas, el humo de incienso, ella era las notas del órgano en misa.

«Ella tenía un amigo, un amigo que la ama», «su amigo es Jesús de Nazaret, que la ama, que la ama». Porque ella tenía fe como un granito de mostaza, lástima que su mente era el eco del infierno. Cielo e infierno, agua y aceite. Ella no podría ser feliz.

—Me das flojera, estúpida gorda.
—En el nombre de Cristo, ¡apestas!
—Te hace falta un baño en agua bendita...
—No sirves para nada.

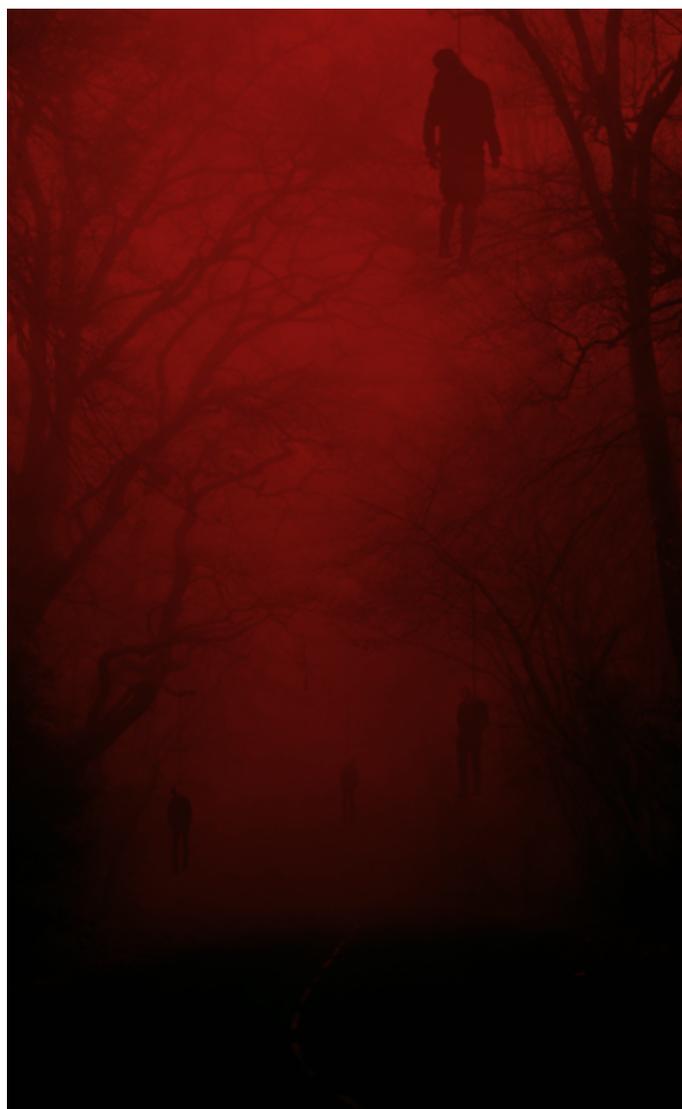
«Púdrete», «muérete». Tengo que correr, huir de ella. Ya no soporto estas voces. ¿Por qué a mí? ¿Por qué me elegiste? Yo no quería verte a diario en esa terraza. ¿Por qué me atormentas?

—Porque eres un parásito.

—¿Por qué me tratan así?
—¿Por qué gritas?
—¿Quién te escucha?
—Date cuenta, estás...

Muerta, ella estaba muerta y jamás me perdonaría el haberla visto. Su MIRADA era fría, ella me ha congelado de por vida.

Ella caminaba tambaleante de derecha a izquierda, de adelante hacia atrás, movimientos que seguían las ráfagas de viento al compás de la cuerda con la que se había colgado.





Kuk

Loreto Soledad

Una noche estaba junto a mi esposa, mirando una película, cuando de pronto sonó una notificación de mi móvil el cual se encontraba junto al velador. Al verlo me llamó la atención que el mensaje era de un número desconocido, cuya foto de perfil era de una mujer de unos cuarenta años aproximadamente. El mensaje decía «Hola», nada fuera de lo común, así que contesté un saludo de vuelta. Volví a dejar mi móvil a un lado y al pasar unos minutos sonó nuevamente, era el mismo chat. Esta vez la mujer decía: «Kuk», seguido del emoji de una persona encogiéndose de hombros y finalmente el número «20». Mi respuesta fue solo un signo de interrogación, no entendía nada, supuse que la mujer se había equivocado de número. Sin embargo, dejé el teléfono en mis manos para

saber si respondía. El siguiente mensaje fue un audio de 5 segundos, donde la mujer decía que la disculpara porque pensó que era un amigo al que estaba contactando, que si quería podía borrar su número. Le respondí que no se preocupara, que no había problema y me despedí. Luego de dejar el teléfono nuevamente en el velador, a los 10 minutos aproximadamente, me llega otro audio, donde me preguntaba si quería que borrara mi número. Esta vez no contesté nada y lo dejé pasar. Pasaron los minutos y terminó la película por lo que apagamos el televisor y acto seguido fui a la cocina por un vaso de agua. Me pareció extraño ver que la ventana de la cocina estuviese abierta de par en par, dejando entrar un frío congelante por lo que decidí cerrarla. Volví a la habitación y mi esposa me comentó que de nuevo había sonado una notificación en mi móvil. Al verlo pude darme cuenta de que se trataba del mismo chat, nuevamente la mujer decía «Hola», esta vez le respondí: «¿Quién eres?». Su respuesta me causó gracia, nuevamente me dijo «Kuk», el emoji y «20», a pesar de ello me encontraba confundido por lo que le comenté a mi esposa que la persona era bastante extraña, ella solo se rió y me comentó que quizás era alguna persona con problemas o que no sabía usar el celular. Aunque su respuesta sonaba bastante razonable sentí la necesidad de preguntar el significado de «kuk», así que tomé mi móvil y se lo pregunté a la desconocida. A los pocos minutos me envía un audio donde repetía exactamente lo mismo que en el audio anterior: que está buscando a un amigo, que se equivocó de número y que si quería que borrara mi número. Esta vez le respondo que sí, que por favor lo borre. Me responde con más audios di-

ciendo que lo hará, que disculpe y despidiéndose. El asunto no volvió a repetirse durante esa noche.

Al día siguiente, como era fin de semana, nos quedamos hasta tarde acostados, pero nuestro descanso fue interrumpido por una notificación de mi móvil. Sin abrir los ojos le entregué el móvil a mi esposa que ya estaba despierta para que revisara de qué se trataba.

Era nuevamente la misma mujer: «Hola», decía el mensaje. Decidí no responder nada y dejarla ahí, quizá mi esposa tenía razón y la mujer tenía algún problema mental, o algo extraño ocurría con ella. Como fuere, no quería verme involucrado con algo sin sentido. Pasados un par de minutos la mujer escribe lo mismo «Kuk», emoji, «20». Esta vez me colmó la paciencia, por lo que en un texto bastante largo le pregunté el significado de esas palabras y qué era lo que quería realmente. Me respondió con el mismo audio de las 3 veces anteriores, desesperado por su actitud le dije que sacara mi número de sus contactos, que era molesta su actitud y que claramente yo no era el amigo al que buscaba. Su respuesta no tardó en llegar, decía lo mismo que las veces anteriores. Pocos segundos después pude notar que me había bloqueado ya que dejó de aparecer su foto, fue así como olvidamos el asunto durante esa tarde.

Cuando estábamos acostados esa noche, y aunque parezca increíble, volví a recibir un mensaje de la mujer. Era la misma interacción, los mismos mensajes y audios, una y otra vez, al menos dos veces más esa noche, así que decidimos bloquearla. Esa noche tuve un montón de pesadillas, sobre todo con una sombra que me había parecido ver desde el segundo piso cuando me había acercado al ventanal a cerrar la cortina.

Al día siguiente me levanté temprano y salí a hacer las compras. Al regresar encontré a mi espo-

sa frente a la computadora, pálida como un papel y con los ojos enormemente abiertos debido al susto. Me contó muy nerviosa que en cuanto salí llegó a su móvil un mensaje de la misma mujer, con el mismo patrón de respuestas, la única diferencia es que a ella le dijo «Kauket» en lugar de «Kuk». Mi esposa se sintió sumamente extraña después de los mensajes, sentía que alguien la observaba y oía ruidos de cadenas en el segundo piso acompañados de un inexplicable olor a azufre que invadió la casa completa en segundos. Como ella es muy religiosa comenzó a rezar para sentirse más segura, lo cual ayudó bastante ya que todo el miedo que sentía desapareció. Pero a pesar de eso continuamos con la duda del por qué esa mujer nos enviaba esos mensajes tan extraños. Después de pensarlo durante mucho tiempo concluimos en que podía ser alguna especie de código o símbolo por lo que decidimos buscar información en la web. Lo que encontramos nos dejó perplejos. Según el buscador, «Kuk» era el nombre de un demonio egipcio, algo así como un dios de las tinieblas y la oscuridad, y su pareja era «Kauket»; otra página mencionaba información relacionada a leyendas de origen Maya, donde «Kuk» era un ave. Pero al continuar con la búsqueda encontramos información relacionada con la cultura egipcia, la cual llamó en especial nuestra atención debido a nuestra ascendencia.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras ella leía la información, traté de relajarme para calmar a mi esposa diciendo que sólo eran coincidencias o que quizás alguien nos quería asustar. Con el pasar de los días ninguno recibió más mensajes, lo cual nos dejó tranquilos, sin embargo por otro lado comenzamos a experimentar aún más sucesos extraños en nuestra casa: ruidos, cadenas, olores, exceso de frío, despertar en la madrugada y cada noche observaba un hombre con chaqueta y

sombrero de pie frente a nuestra casa, observando hacia nuestra habitación. El asunto se volvía cada vez más insostenible, por lo que decidimos contactarnos con un familiar lejano de Egipto. Al hacer la videollamada con él, le mostramos las capturas de la conversación, a lo que rápidamente nos advirtió que se trataba de una especie de maldición, la cual estaba asociada a esos dos dioses y que el número correspondía a la cantidad de días que nos quedaban de vida. Está de más decir que quedamos completamente sorprendidos.

Para confirmar la información nos envió una serie de enlaces de un montón de personas a las cuales les había ocurrido lo mismo dentro de Latinoamérica, observamos que se repetía el mismo patrón de conversación, el cual provenía del mismo número y de la misma persona. Todos los videos terminaban al día 20, con la interrupción abrupta de la energía y el corte repentino del video que transmitía la persona. Incluso nos envió un enlace a un foro de discusión donde buscaban posibles soluciones a la maldición, pero sin óptimos resultados. Lo peor de todo es que, sacando cuentas, estábamos ya en el día 18... Sólo nos quedaba un día más para buscar información.

Junto a nuestro familiar de Egipto, intentamos llegar a algo, pero no logramos nada en concreto, salvo que todos los casos coincidían en algo más: un objeto oculto en algún lugar de la casa, el cual era el causante de la maldición. Buscamos por todos lados, hasta que llegada la noche del día 19, lo encontramos: eran dos estatuillas de los dioses antes mencionados, uno tenía rostro de rana y el otro de serpiente. Lo que no sabíamos era que eso iba a ser lo peor que podíamos hacer.

Como en toda maldición no debíamos tocar el objeto con nuestras propias manos, o dicha intención se concretaría, sería una forma de invitar a la

entidad a cumplir su objetivo. Desconocimos esto hasta el momento en el que, al asomarnos por la ventana, vimos como aquella silueta recurrente se acercaba a pasos agigantados a la puerta de nuestra casa. Era como si se transportará desapareciendo de un lugar y apareciendo al segundo en otro. Corrimos a encerrarnos en nuestra habitación, pero era inútil, esa entidad era capaz de atravesar paredes en cuestión de segundos. No teníamos más que hacer, ya era demasiado tarde.

00:00 hrs., del día 20.

Se escuchan gruñidos al otro lado de la puerta, nos tomamos la mano firmemente pidiendo que la pesadilla termine pronto. No sabemos quién nos maldijo de esta forma, pero puedo asegurar que el día que se devuelva la acción, sufrirá mil veces más que nosotros.





La habitación

Elizabeth Segoviano

Nuestra casa nueva era, en realidad, bastante vieja, pero sumamente espaciosa. Tenía pisos de madera y grandes ventanales que iluminaban todo, excepto una habitación en el pasillo trasero que se encontraba atestada de muebles y cosas viejas abandonadas por los antiguos dueños. Sobra decir que mi intención era desechar todas las cosas viejas de la casa, sin embargo mi abuela, una mujer dura y tacaña dijo que podría sacarle provecho a esa montaña de baratijas y, cuando algo se le metía en mente, era como una hiena con un buen trozo de carroña. Así que para evitar discusiones permití que conservara su basura, con la adver-

tencia de que si aquel cuarto se convertía en nido de cucarachas o ratas, no dudaría en tirarlo todo.

Aquella noche fue una de las más extrañas que he tenido. Durmiendo entre cajas de mudanza y envoltorios, pasaba de una agonizante pesadilla a otra, en todas moría y mi abuela solo se burlaba de mí. La luz del amanecer por fin me sacó de mi tormentosa noche, y los detalles de las pesadillas se perdieron en la bruma matutina, excepto por un sonido que no abandonaba mis recuerdos: arañazos. Algo que rascaba detrás de mi pared, sin embargo decidí olvidarlo y comenzar las pequeñas reparaciones que necesitaba la casa.

Estaba feliz de que la habitación de atrás mantuviera ocupada a mi abuela y no tuviera tiempo de fastidiarme. Un día completo de paz y silencio casi me hizo olvidar que compartía la casa con ella.

Al anochecer, le llevé la cena, toqué suavemente la puerta mientras giraba la perilla, pero tenía puesto el cerrojo.

—¿Abuela? Te traje la cena, ábreme.

—¡No me digas abuela, grosera ingrata! —me gritó furiosa.

—Perdón, abuelita, te traje la cena.

—Déjala en la cocina, luego voy por ella.

—Abuelita, si necesitas algo...

—¡Si necesito algo lo sabrás! —me interrumpió.

«Si necesitas algo, consíguelo tú sola, maldita perra loca» Eso habría querido decir, pero de mis labios solo brotó un débil: «Sí, abuelita».

A los pocos minutos de haberme ido a la cama me despertó el rechinar de la puerta que se abría y cerraba a merced del viento. Con precaución, comencé a bajar la escalera, empuñando valientemente una escoba, pero al llegar a la estancia noté que la puerta estaba cerrada y con los seguros puestos. Revisé las ventanas y vi en el jardín trasero a mi abuela, arrodillada en el césped, guar-

dando algo en la funda de una almohada. Abrí la ventana y la llamé, pero al sentir sus manos en mis hombros volteé aterrada.

—¿Por qué me despiertas con esos gritos?

—Pero estabas afuera, yo te vi.

—Soñabas, vuelve a dormir.

Regresé a la cama. Cada vez que cerraba los ojos, un ruido me despertaba, arañazos detrás de mi pared, algo se arrastraba. Seguro esa habitación llena de triques estaba infestada de ratas. Se lo había advertido a mi abuela, ahora podría tirar todas sus porquerías.

Por la mañana me esmeré con su desayuno, café recién hecho, pan negro, jalea de zarzamora y fruta.

—Abuela, abuelita, ven a desayunar, tengo tus favoritos.

—Yo no quiero eso ¡dame carne!

—¿Carne tan temprano?

—¡Sí, dame carne, dame carne!

—No tenemos carne, luego te la compro.

—¡Qué no se te olvide, estúpida!

—Ese cuarto tuyo tiene ratas, las estuve oyendo arañar y retorcerse toda la noche, hay que tirar esos malditos muebles.

—¡Son mis muebles y no los tocas!

—Por lo menos hay que poner trampas, déjame ayudarte a limpiar.

—Compra las trampas si quieres, pero mis cosas no las tocas.

Por la tarde llevé trampas como para matar a todas las ratas de la cuadra. Subí directo a su habitación, toqué la puerta pero no hubo respuesta, así que entré. El lugar estaba justo como lo habíamos encontrado, con todos los muebles cubiertos por sábanas polvorientas, excepto por un antiguo espejo de cuerpo completo y una oxidada máquina de

coser, además, muchos platos sucios de las comidas que le había llevado.

—Con razón estamos infestadas, es una cerda imbécil —pensé.

Recogí los platos, limpie el piso y coloque las trampas en cada recoveco y dentro de los muebles. Busqué algún posible escondite o agujero en las paredes donde pudieran ocultarse las ratas, no encontré nada.

Esa noche no pude dormir, esperaba escuchar los chillidos de los repulsivos animalejos atascados en las trampas pegajosas, estaba preparada con mi escoba para asestar buenos golpes, sorprendentemente lo que escuché no eran ratas, sino a mi abuela murmurar. Salí de la cama para revisar su habitación y la vi caminando hacia el jardín, quise seguirla, pero me distrajo el ruido de la máquina de coser dentro del cuarto. Entré, todo estaba a oscuras, silencioso. Poco a poco vislumbre a mi abuela acostada en su cama. Comencé a pensar que alucinaba.

El miedo de estar loca me hizo regresar a mi recámara y arrebujarme bajo la colcha, escuchando ese maldito ruido detrás de mi pared, viendo la sombra de mi abuela ir y venir por el pasillo murmurando cosas que no entendía. ¿Qué estaba pasando? ¿Era ella la loca o yo? Nunca había deseado con tanta desesperación que amaneciera.

El cansancio por fin me venció y me desperté varias horas después. De inmediato corrí a la habitación, mi abuela estaba sentada ante la máquina de coser, dándome la espalda, muy concentrada en su costura.

—Abuelita ¿con quién hablabas anoche? Te oí murmurar.

—Quizá me escuchaste rezar.

—¿Estabas cosiendo en la madrugada?

—No.

—¿Y anoche porqué entrabas y salías? ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, estaba dormida.

—¿Y mis trampas? No las veo, ¿cayó alguna rata?

—No hay ratas, no hay ratas —decía una y otra vez mientras se inclinaba rítmicamente sobre su máquina de coser—. No hay ratas, no hay ratas.

Su voz vacía me helaba la sangre. Corrí a mi recámara a encerrarme poniendo música a todo volumen para que ella saliera de casa y así dejar de escuchar los inquietantes ruidos detrás de mi pared.

Un par de horas después, noté que mi truco había funcionado, mi abuela no estaba. Corrí a su recámara y lo que vi me petrificó. Mis trampas estaban colgadas del techo, cada una con tres o más ratas, pero ninguna tenía cabeza. Haciendo uso de toda mi fuerza mental deposité entre arcadas a las ratas en bolsas y las tiré, luego me di un largo baño con agua casi hirviendo y esperé a mi abuela. Su llave en la puerta principal me despertó poco antes de medianoche.

—Abuela, explícame que hacían todas esas ratas colgadas del techo.

—¡No me digas abuela! Y ya te dije que no hay ratas, ya no —la mueca burlona que tenía mientras me hablaba me aterró.

—¿Qué te pasa, abuelita?

—Tengo mucho que hacer, vete a dormir.

—¿Qué tienes que hacer?

—Tengo mucho que hacer, ya te dije. No te preocupes, no hay ratas.

Me quedé al pie de la escalera viendo cómo mi abuela subía a su habitación. En cuanto cerró la puerta, los ruidos que antes solo se escuchaban detrás de mi pared inundaron la casa, rasguños, golpes y un quejido débil que parecía salir de cada

pared. También oí la voz de mi abuela y el rítmico ruido de su máquina de coser. Corrí a la cochera, tomé un pico y subí dispuesta a tirar las paredes o toda la maldita casa con tal de saber que animal hacía esos siniestros ruidos.

Abrí de golpe la puerta, vi a mi abuela sacando de sus fundas de almohada varios cadáveres de gatos y pájaros. Les arrancaba la cabeza a mordidas. Mientras masticaba sus putrefactos bocadillos, tomaba una cabeza de rata que guardaba bajo la máquina de coser, uniéndolas con cuidado, ensamblando una macabra tela. No creí que mi horror pudiera acrecentarse. Entonces dejó de coser, se desnudó para cubrirse con su asquerosa creación. Era una capa larga con capucha, se la puso sonriendo mientras unos hilos de sangre espesa le corrían por las comisuras de la boca. Se miraba en el espejo y giraba a la derecha, luego a la izquierda, para que su capa tomara vuelo, sonreía como nunca lo había hecho.

Yo temblaba de horror y asco, permanecí inmóvil sin saber qué hacer. ¿Acaso debía llamar a la policía o un médico? ¿Alguien podría creerme lo que estaba sucediendo? De repente ella dejó de posar ante el espejo, mirándome como si nada pasara. Me presumía su atuendo y empezó a reír con una voz infantil que no le pertenecía. Una voz macabra que me perforaba los tímpanos mientras su rostro se contorsionaba y cambiaba de forma, a veces parecía gato, rata, a veces mi abuela.

Su risa me enfureció, mis manos se aferraron al pico, me abalancé con toda mi fuerza y repulsión. La golpeé una y otra vez en el cuerpo, sobre su nauseabunda capa, en la cabeza, encajando el pico en su frente. Ella seguía soltando carcajadas entre borbotones de sangre. Yo gritaba: ¡muere! ¡Muere! ¡Muere, maldita perra! Seguí golpeando hasta que no quedó más que una masa sangrienta y pegajo-

sa. Cuando mi respiración se calmó, noté que los ruidos detrás de la pared continuaban, me guiaron al espejo, lo rompí. Detrás de él, en un agujero, se encontraba mi abuela, mi verdadera abuela. El demonio, o ente que yo había asesinado, la había encerrado allí. Aquel ser le cortó la lengua y los pies. Le sacó los ojos, dejó intactas sus manos para que intentara pedir ayuda arañando, hurgando en la pared contigua a la mía.

La miré detenidamente retorcerse y arañar con desesperación. Reí, se lo había advertido a la maldita vieja, le dije que tirara los estúpidos muebles, que no tocara esa basura ¡ella se lo había buscado, se lo tenía merecido!

Con calma, bajé a buscar cemento, yeso y pintura. Arreglé la pared con ella dentro, intentando detenerme con manotazos débiles. La empujé y seguí reparando el muro. Limpié, empaqué mi ropa y salí de ahí.

Esta vez podría buscar un apartamento de una sola habitación.





El Nahual y el chamula

Eli Abraham Escobedo González

Lencho murmura en las ramas
ave y agave, un guiño;
un guiño murmura al alba,
pozo de luna... mushito.
Mujer, el beso me mata
de sueño, vida y cariño.

¡El viento entre las vainas:
vaho de sauce podrido!
Negra escucho la malva
yo, en la noche cautivo.
El ave canta y se marcha
“¡Idiay!” se escucha un grito...

Bella e indomable dalia
que me habita oscurecido,
al menguar de tu mirada
entre peces y jacintos
crece el mundo en la montaña
sobre nardos conmovidos.

¡Perra menguante guadaña
que al cielo ríe sin brillo!
temo a la oscura malhaya:
polvo de huesos molidos.
¡Cristo! será la guarapa
nahual de agudos colmillos...

De alcatraz y jacaranda
puebla abril tu vestido,
y en la noche de tu clara
caballera de narcisos
el colibrí jurga aguas
azulado y renacido.

Sufro la herida, espina



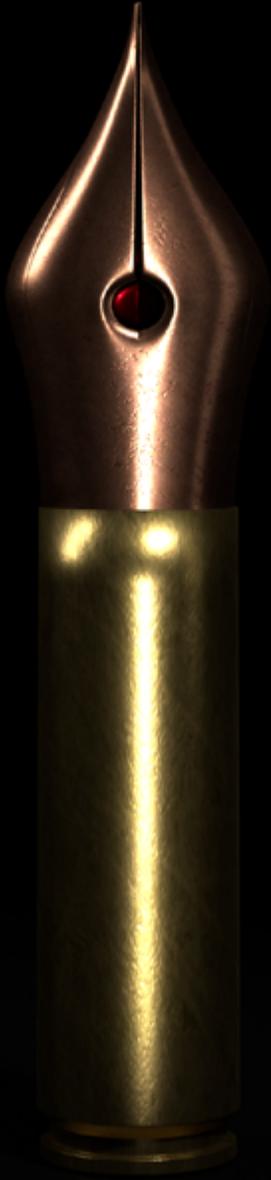
de mi último suspiro.
¡Oh! terrible nahuala
tuyo, tuyito es el frío.
Llega a mí la ventana
¡ay! de todo lo vivido:

Lencho murmura en las ramas
ave y agave, un guiño;
un guiño murmura al alba,
pozo de luna... mushito.
Mujer, la bruja me mata
de sombra, muerte y olvido.

A la siguiente mañana
ya estaba el chamula frío;
su dalia, triste, lloraba
con un velo ennegrecido.
Algunos dijeron calma,
Diosito se llevó al indio;
otros que fue la nahuala
la bruja de ese pueblito.
Pero nadie dijo nada
de que al último latido
el indio pensó en su dalia
con el vientre partido.

Al poeta velado

Mónica Monzon



¿Quién eres?

Las sombras anuncian tus lamentos,
amanece en el cotidiano andar de tu tristeza.

¿Quién eres?

Por la noche apagas los sueños,
enciendes el alma y recorres la historia de tus días.

Creo saber de tu andar nocturno
de la música melancólica que inspiras,
del llamado agobiante de otras voces
y sus quejas asomando a tu vida.

Pero al abrir el ataúd
solo descubro la máscara de tu alma
insisto.

¿Quién eres?







Clemente Gaitán

El vampiro veneciano

Luis Fernando García Castañeda

Un rostro...

Una mirada que palidece a los otros,
un engañoso mozo que atrapa, que seduce, consume,
un monstruo que al infierno conduce...

Un enmascarado arlequín,
faquir del fin,
con una piel como el marfil,
y una obsesión ruin:
destruir la razón y el amor,
con acentuado mallorquín...

Anda cubierto de pies a cabeza,
con una oscura capa gruesa,
con la sombra de la noche que...
A hombros del hombre pesa.

En el noble, su nombre es ofensa,
en la cortesana, una pieza,
que trenza confusión y deseo en su cabeza,
pero aquel que le vea y de él sepa,
una cosa hace pues solo eso le queda: reza...

Expresa siniestra presencia a su presa,
el hombre, sin nombre, prensa,
su alma en lápida funesta,
carótida expuesta...
Se entierra...

Malditas las calles de Venecia,
donde acontece execrable vivencia,
pues Dios observa y calla,
testigo de su mortal eminencia que evidencia,
el secuestro de un alma incauta,
seducida por el diablo y su más perfecta arma:
la belleza.



Te quiero enferma

Mariana Naiman

Te quiero enferma, insatisfecha, incompleta.
Te sueño vulnerable, desvalida y necesitada.
Te pienso insegura y sumisa, envuelta en profundos
temores.

Me seduce tu andar silencioso, sobreadaptado y
complaciente.

Te quiero sin deseos, sin necesidades ni prioridades,
desdibujada hasta la transparencia,
sin peso, sin voz.

Te pretendo llena de miedos, con pánico a vivir.
Te necesito atenta y en alerta, dispuesta y disponible.
Débil te figuro, pasiva te antojo.

Idealízame, justifícame, admírame, agradéceme.

Apagada y deprimida te deseo, estática, empantanada y
sola.

Quiero conquistarte y saquearte, llevarte a la
indefensión,
privarte de serenidad,
sin dignidad, sin intención.

Traumatizada te codicio,
Irreparable te apetezco,
Quebrada te ansío,
Resignada te anhele,
Desesperanzada te ambiciono.
Cómplice te quiero.

Alhazred concibió el libro maldito
de las sagradas leyes de los muertos
y las dunas de tórridos desiertos
zozobraron de miedo. El manuscrito

narra la historia de los Primigenios,
de su magia, secretos y rituales;
describe el Libro del Destino. Tales
testimonios perduran por milenios.

El grimorio de muerte y de locura
al tiempo sobrevive, y la censura,
en varias bibliotecas del presente.

En el arduo latín, como en el griego,
entraña una verdad de horror y fuego:
“No muere lo que yace eternamente”.





Respirar es indefenso

Ana Jazmín Sossa González.

La ansiedad es un pez que come escamas. Yo siempre he vivido en el agua. Llevo mi esfera de cristal fino a todas partes. Sigo viviendo en la arena. Muero y no muero. Me contaron sobre la medusa y ahora sus toques me rascan las mejillas de la tranquilidad. El agua me asfixia y en tierra no puedo mantenerme. También sueño con pescadores que me atrapan y tienen la insolencia de soltarme a la seguridad de un mar que ya no me recibe porque me niego a beber de su agua. Soy más miserable que un caballito de mar. Desarrollé muchas caras, muchas bocas, muchas branquias
ninguna
completa.
Encandilantescalofrío.
Te paras junto a tu inmunda alma. Ventrílocuo de ella. La náusea interrumpe el diálogo. Lo quiebra. Pensamientos acuciantes. Racismo inverso. Ominoso asesinato infantil: nadie lo cree. Te moriste de hinchazón. Viviste desinflada. Ceguera y libertad. Madre flor, hijos secos. ¿Dónde me escondiste las lágrimas congeladas? Medicina estúpida. Guerra ciega. Óxido, huella del estereotipo. Bellas sombras de la identidad. ¿No ves más que la lujuria? Él es el joven criminal, el autor involuntario. Anósmico ante el giro de la llave del gas. El silencio explota. Gracioso anonimato. Miedo adoptado. Acariciado.



||

Extraño a los fantasmas desde siempre porque ninguno de ellos viene a verme, ¿por qué nadie viene a verme? Yo les dedico guiños y temblores y paranoia y atención. Me ahogan con ósculos rotos. Extraño siempre el espectro de sus sombras. ¿Por qué no llegan ni se van? ¿Por qué son tan similares a nuestras siluetas?

Coqueteo con fantasmas que no me han enseñado ni la cédula de identificación ocular.

Coqueteo como niña pequeña con los espectros que habitan el estrecho entre la mente y el limbo espiritual. El limbo se dispersa en cuestión de minutos y mis saltos son insuficientes para caer en alguna de sus casillas; termino tomando asiento en primera fila. Llanto.

A ellos les gusta otro tipo de cortejo. Hombros levantados, asfixia e indefensión. Vulnerabilidad entre lo reconocido y lo que se está por afrontar. Son tramoyistas con mente millonaria: me vendieron las escenas a susurros. Sellaron el telón, sin cerrarlo. Sinvergüenzas, ingenuos y embusteros. No debieron siquiera estudiar teatro para que su obra se reprodujera. Les doy más vistas y reproducciones que cualquier público virtual. El miedo es una suscripción a un canal inexistente y tiene la campanita de notificaciones amordazada desde la chicharra con una liga omnipresente. Y han dado cursos intensivos.

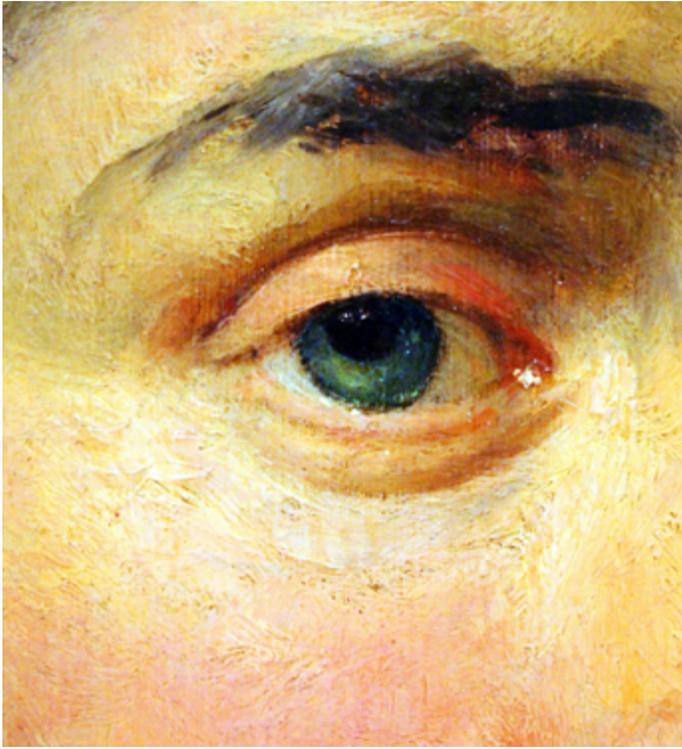
Ahora las llaves del gas también han aprendido.

Están muertas y su respiración sigue brillando en el cosquilloso caparazón de mi amígdala cerebral.

Las lágrimas de sus narices inundarán este universo condominal con corrientes oceánicas tsunámicas. El gas es un fantasma-demonio ilusionista. Y lo domesticamos. Creemos domesticarlo. ¿Cómo sabes que su rostro de arena derretida no tiene dientes?

Tengo miedo a los abrazos, a los del gas. ¿Será el gas un abusador?

El gas es un asesino fantasmal que sí vive. ¿Por qué le tengo miedo si siempre está ahí? ¿Cómo es que me ahuyenta entonces, si se ha ganado mi confianza?



La casa del ojo rojo

Juan Luis Henares

Despertó aturdido. Pronto comprendió el motivo: sonaba el timbre de su celular; pensó que sería las seis menos cuarto, hora en que se levantaba para ir al trabajo. Encendió su velador, el viejo reloj que colgaba de la pared marcaba las dos y veinte; recordó que era sábado, día en que no trabajaba. Atendió con torpeza y le respondió una voz de mujer:

—Luis, soy Alicia, ¿Mariano está con vos?

Trató de aclarar su mente y confundido contestó que lo había visto a la salida del trabajo, pasado el mediodía. Ella, a un paso del llanto, insistió:

—No regresó, salió a caminar y me dijo que era probable que después fuera a tu casa.

Tras intentar en vano tranquilizarla cortó la conversación; volvió a la cama y apagó la luz del velador. No logró dormirse.

La confianza con Mariano era ilimitada; su amistad comenzó siendo niños, cuando jugaban con los autitos en el cordón de la vereda en el barrio; siguió en la escuela secundaria y la universidad, con las chicas que se peleaban por bailar con el rubio de ojos celestes o con el morocho de ojos verdes; y continuó, más cerca en el tiempo, al recomendarlo Luis en el puesto de administrativo que dejó vacante un viejo empleado cascarrabias que se jubiló. Compartir tantos años sus vidas los llevó a no ocultarse nada. Recordó la charla que tuvieron esa mañana en un descanso en la oficina. Mientras revolvía el azúcar en su humeante taza de café, Mariano contó que la tarde anterior — durante su caminata diaria en las afueras de la ciudad— descubrió escondida detrás de un pequeño bosque de pinos una casa que le llamó la atención, ya que arriba del arco de entrada tenía la escultura de un gran ojo en color rojo. Luego de sobreponerse a la impresión que le causó verla —era tan real— advirtió junto a la piscina en un claro entre los árboles a una bella muchacha que tomaba sol con los pechos al aire. Se sintió excitado, y al acercarse hasta el alambrado en busca de observar mejor pisó una rama seca que crujió y llamó la atención de la joven, quien se incorporó y lo miró fijo. Mariano quedó en evidencia y la rubia, divertida ante la situación, tomó su remera, levantó los brazos, se la colocó lentamente —para prolongar el momento— y se dirigió hacia él. Algo turbado salió del paso al consultar acerca de la figura; ella explicó que la construyó con cierto material que él no recordaba: es que no prestaba atención a sus palabras, solo imaginaba diversas situaciones eróticas. La rubia de pechos grandes y firmes —

como la bautizó— lo invitó a pasar y mostrarle unos cuadros de personajes famosos que tenía a lo largo de la finca; a pesar de sus ganas de aceptar, le dijo que sería imposible, pues recordó que debía ir con Alicia al médico. Ante su negativa, lo despidió provocadora:

—No olvides volver; hay cosas que tus hermosos ojos celestes no pueden perderse.

Dio media vuelta y regresó por donde apareció; Mariano la miró, prestó atención a la bikini que en cierto modo cubría su cola, y sintió impotencia al no poder hacer lo que deseaba en ese momento: entrar. Entre risas terminó el relato y comentó a Luis que esa siesta, con tiempo disponible, retornaría a la casa.

Al no lograr dormir, Luis se dio un baño y preparó café acompañado de tostadas untadas con manteca; lo tomó en su cama y encendió el televisor. Al fin, entretanto miraba un aburrido partido de fútbol, se quedó dormido.

Alterado tomó el teléfono: Alicia, desconsolada, le pidió ayuda: era media mañana y Mariano no había regresado. Luis se vistió y trató de recordar el lugar dónde se encontraba esa casa.

Los caminos eran todos iguales: tierra, sol, perros, árboles. Preguntó por la casa con un ojo rojo, nadie sabía de ella. Supuso que la rubia de pechos grandes y firmes debería ser muy atractiva para lograr que Mariano olvide a Alicia, su amada Alicia. Justo en ese instante descubrió la escultura sobre el arco de acceso a una propiedad.

Detuvo el auto y caminó hacia la entrada; en la piscina no encontró ninguna rubia tomando sol, se escuchaba el solitario canto de los pájaros y el sonido del viento al sacudir los pinos. Golpeó las manos, no hubo respuesta; regresó al coche e hizo sonar la bocina varias veces. En tanto dudaba entre hacerlo de nuevo o saltar el portón de entra-

da, la vio salir de la casa. ¡Era ella! A pesar de la remera que la cubría, su cuerpo era inconfundible; Mariano la describió de manera magistral: pechos grandes y firmes. A Luis se le ocurrió decir que era un estudiante de oftalmología sorprendido con el ojo de la entrada. La muchacha abrió el pórtico y lo invitó a pasar; argumentó que adentro podría mostrarle cuadros y objetos referidos al tema. Además, pronunció insinuante:

—Hay cosas que tus preciosos ojos verdes no pueden dejar de ver.

En el interior lo sorprendió la extensa galería repleta de pinturas al óleo que colgaban de sus paredes; en todas ellas, rostros de actores famosos lucían sus grandes ojos bien abiertos. Reconoció a Bette Davis, Paul Newman, Steve McQueen, Sofía Loren, Brigitte Bardot, Brad Pitt, Angelina Jolie y otros que recordaba sus caras, no obstante le costó ponerles un nombre. No alcanzó a preguntar, ya que pronto dejaron el ambiente e ingresaron a la biblioteca; se sentaron y la mujer lo invitó a tomar café. Contó que era artista plástica especializada en trabajos relacionados con su tema preferido: el ojo humano; su última obra era la figura que estaba en la entrada de la casa. Explicó que el ojo rojo es un efecto que se produce en algunos albinos: al casi no tener pigmento su iris, se lo ve así debido al color de la hemoglobina de la sangre que circula en él y en el fondo del ojo.

—Aún no viste lo mejor —comentó tras degustar el café, a la vez que lo invitó a pasar a la habitación contigua.

Luis recordó que todavía no tenía pista alguna de Mariano; al ingresar balbuceó:

—Tengo un amigo que te visitó ayer...

Ella lo ignoró, encendió la tenue luz, lo abrazó, besó su cuello y boca, y lo llevó de la mano a un catre junto a la pared posterior. Él alcanzó a ver al

costado una mesa con frascos y latas, pero como la rubia se sacó la remera, decidió dedicarse a acariciar y besar sus grandes y firmes pechos.

Se quitaron las ropas; de espaldas en el colchón Luis disfrutaba el momento, mientras los suaves labios descendían por su cuerpo, desde el cuello al pecho, a su cintura... De repente percibió un leve pinchazo en un brazo; aterrado la vio sostener una jeringa con su mano. Mareado intentó empujarla, mas su vista se nubló y se sintió flotar en el ambiente. No pudo mantener su cabeza erguida, la dejó caer hacia un costado; sobre la mesa lateral observó un frasco con un par de ojos —bellos y celestes— que lo miraban, los ojos de Mariano que parecían pedirle auxilio.





Mi amigo visible

Juan Martín Paris

Según la opinión de mis amigos, lo que caracteriza mi casa son los espejos: grandes, pequeños, de diferentes tipos, en todas las habitaciones. Lo que no saben mis amigos es que los utilizo para vigilarlos. Los espejos comenzaron a poblar mi hogar a partir del día, o más específicamente, de la mañana en que al cepillarme los dientes vi mi imagen y no me reconocí. Me asaltó la idea, o la sensación, de que esa imagen, que era igual a mí, podía en realidad ser otro: un imitador.

El barrio donde yo vivía no era de los mejores, tenía altos índices de delincuencia. Por dicha razón debía prestar especial cuidado cada mañana cuando salía a primera hora. Podía, también, ser asaltado en el camino al trabajo o cuando regresaba exhausto por la noche. Si bien el barrio era

pésimo, era la hipoteca que podía pagar con mi humilde empleo.

No reconocirme en los espejos me ponía realmente intranquilo ya que me estresaba cada vez que pasaba frente a uno por no saber qué podría hacer el impostor. Una vez había visto un gato jugar frente a un espejo. Conocía el hecho de que animales no se reconocen en su imagen. Yo últimamente tampoco. ¿Sería mi animal interno que estaba emergiendo, mi cerebro reptiliano? No esperaba que la imagen saliera del espejo e irrumpiera en el mundo real, ese tipo de cosas eran burdas y solo ocurrían en películas de terror de clase B. No, lo que yo buscaba era un pequeño error. Sabía que el imitador en algún momento no copiaría fielmente un movimiento o un gesto. El error sería necesariamente sutil, casi imperceptible, pero cuando el imitador fuera descubierto, quedaría en evidencia.

Volviendo al tema de mi vecindario, lo más riesgoso no era ser asaltado en el camino, sino que, cuando ingresara a la casa, hubiera intrusos esperando dentro. En el caso de haber intrusos, probablemente no fueran a asaltarte, sino a ocupar tu casa. Si lograban expulsarte, bien, ellos estaban dentro y tú afuera. Así funciona el barrio: la ley de la selva.

Para ser sincero, debo decir que nunca me había sucedido algo así. Tal vez fuesen simples historias, leyendas urbanas, las cuales circulan en las charlas de la oficina. Sin embargo, de suceder, muy pocas chances de éxito tendría un esmirriado oficinista como yo contra tipos duros, criados en el frío de la calle. Pero, mi as bajo la manga era una pistola de grueso calibre escondida de manera estratégica cerca de la entrada de mi casa. Si me disculpan, prefiero no revelar con exactitud en qué lugar.

Si bien llevaba años observándome obsesivamente en los espejos sin descubrir ningún fallo. Eso solo significaba que el imitador era uno de los buenos, de los mejores, sin duda un profesional. Pero yo mantenía la convicción de que esa imagen no era realmente la mía.

Me gustaría mudarme a un barrio mejor, más seguro, tal vez un barrio cerrado. En eso fantaseaba cuando regresaba una noche. Cerré la puerta con dos vueltas de llave. Y el doble pestillo. Todo aparentaba estar normal. Antes de preparar la cena fui al baño para refrescarme. Me enjuagué la cara con agua fría y cuando levanté la vista hacia el espejo quedé petrificado. A mi lado, apuntándome con mi arma, había un intruso. Lucía realmente nervioso, tan asustado como yo, y pensé que podría dispararme. Después de todo, nadie va preso por matar a alguien. Al menos aquí, en mi barrio. Sería lo más lógico que disparara.

Me maldije a mí mismo: ¿Cómo había podido ser tan descuidado? Por un momento, aunque suene extraño, pensé que la culpa no había sido del intruso sino mía. Por confiado. ¡Me lo tenía merecido! Es como en una partida de ajedrez, no se pierde en el momento del jaque mate, sino un par de jugadas antes.

El intruso me observaba fijamente a los ojos sin dejar de apuntarme. Yo también lo miraba, atento a cualquier movimiento, esperando. Él sabía lo que debía hacer, pero dudaba, no se animaba. Yo, por mi lado, me sabía perdido.

Noté en su rostro un intenso dolor y dejó caer el arma. ¿Por qué? La escena no tenía ningún sentido. Respiraba como si le faltara el aire, como si lentamente se ahogara. Instintivamente giré la mirada hacia el espejo. Mi imagen, mi imitador, mi otro yo, lo tenía aferrado firmemente por el

cuello y apretaba con todas sus fuerzas. El intruso no tardó en caer muerto.

Minutos después, cuando bajaron mis pulsaciones y ya sintiéndome seguro, miré al espejo con satisfacción como diciendo «Lo sabía». Mi imagen me sonrió y me dijo «Compañero, para eso estamos, para ayudarnos entre nosotros». Inmediatamente se alineó con mi postura exacta, comportándose como es de esperar de una imagen en un espejo. Sólo para estar seguro, mirando el espejo moví uno de mis tentáculos azules y la imagen copió perfectamente mi movimiento. Guiñé dos ojos y deje el tercero abierto para poder observarme, y la imagen los copió perfectamente. Sonreí ampliamente con mis dos bocas y la imagen sonrió en simultáneo. Afortunadamente ya todo había vuelto a la normalidad.



Polaroid

Santiago Eximeno

I

Una máquina de escribir metálica, brillante. Las teclas han sido sustituidas por agujas hipodérmicas, y restos de sangre coagulada manchan el interior de todas ellas. Las agujas se clavan en los dedos del escritor mientras mecanografía, y la sangre resbala entre sus dedos hasta las hojas en blanco, amontonadas a sus pies.

II

Una cadena metálica, trufada de espinas, enrollada alrededor del tronco de un árbol. Las espinas se hunden en la corteza, y finos hilos de sangre verde se deslizan lentamente hasta el suelo. A los pies del árbol, dos niños de ojos rasgados y piel

negra abren la boca y muestran sus lenguas bífidas, ansiosos por lamer el precioso líquido.

III

Alguien ha vaciado la televisión y ha sustituido sus componentes por un acuario improvisado. Media docena de peces de los más diversos colores se deslizan en el agua entre los restos del tubo catódico. Yo los observo en silencio, sosteniendo entre mis manos el cable desenchufado.

IV

Una mujer enana, deforme, el pelo teñido de rojo, mueve las cuerdas de una enorme marioneta de madera, un títere del tamaño de un hombre vestido con ropas elegantes. La multitud abuchea y grita y lanza objetos contra el títere, que bajo su pelo blanco esconde un rostro sin facciones.

V

Una tarta de cumpleaños. Un puñado de velas encendidas agujoneando la superficie cubierta de nata. Frente a ella, sentada, una anciana con los ojos cerrados. Ni siquiera recuerda que debe soplar las velas.

VI

Dos amigos se enzarzan en una discusión estéril. De pronto, en la mano de uno de ellos brilla la hoja afilada de una navaja. El hombre hunde el arma blanca una y otra vez en la carne, desgarrando piel y músculos. Cuando se separan, el hombre armado descubre que el cuerpo que ha mutilado es el suyo.

VII

Una colosal botella de agua volcada sobre la arena. Bajo la boca de la botella se encuentran dos

personas diminutas, ínfimas. Alzan sus miradas, esperando una gota de agua prendida en el cristal que se resiste a caer. Cuando lo haga, sin duda morirán ahogados. Sin embargo, sonríen y alzan los brazos esperanzados.

VIII

Abro el libro y descubro que en su interior todas las páginas están en blanco. Sostengo la cuchilla entre los dedos de mi mano derecha y, con cuidado, realizo un corte transversal en mi muñeca. Con la sangre que brota de la herida dibujo hermosas rosas, tan hermosas que al mirarlas me siento mareado y me falta el aire.

IX

Un grupo de niños se agazapa tras el sofá, susurrando, conteniendo el llanto. En la misma habitación, un hombre sostiene entre sus manos temblorosas un hacha ensangrentada. De vez en cuando canturrea el nombre de uno de los niños. Cuando lo hace, sonrío.

X

La cabeza del niño ha sido recubierta por alambre de espino. Hilos de sangre se deslizan por su rostro, por su boca, por sus ojos ciegos, allá donde el alambre ha desgarrado la piel. Otra niña, la cabeza cubierta por una bolsa de plástico transparente, abre y cierra la boca como un pez fuera del agua mientras trata de arrancar el alambre de su piel.

XI

Un hombre sentado en una silla, frente a un monitor apagado. A su alrededor, un centenar de sillas vacías frente a un centenar de monitores encendidos. Una barra de acero atraviesa los dos

tobillos del hombre y lo mantiene unido a la silla. Alguien le ha arrancado los párpados.

XII

Un hombre elegantemente vestido se arrastra por el suelo impulsándose con sus brazos. Sus piernas yacen varios metros atrás, amputadas, inmóviles. El hombre vuelve la cabeza a cada momento, los ojos muy abiertos, temiendo que, en cualquier momento, las piernas corran tras él.

XIII

Una bandada de pájaros blancos, cubiertos de ceniza, agita sus alas sobre mi cabeza. La ceniza se adhiere a mi pelo, a mi rostro, a mis ojos. Lloro, y las lágrimas que se deslizan por mis mejillas son de color negro.

XIV

Una mano cercenada descansa sobre una mesa de piedra negra, junto a un teléfono móvil. La pantalla del teléfono está iluminada, y una voz entrecortada susurra palabras ininteligibles, provocando espasmos en los dedos de la mano.

XV

Un payaso, el rostro blanco como la cal, la lengua fuera en gesto de burla, los ojos abiertos desmesuradamente, se balancea bajo una viga de madera a unos centímetros del suelo recién encerado, su cuello amoratado rodeado por una brillante cuerda de colores.

XVI

Dos hombres desnudos flotan sobre el agua, sus espaldas marcadas por el sol. Desde el mirador, junto a la playa, un grupo de niños lanza migas de

pan a sus cuerpos. Las gaviotas descienden y, en su ansia por recoger el alimento, arrancan jirones de piel de los cadáveres.

XVII

Entro en una habitación repleta de peluches. Miles de ojos saltones engarzados sobre cuerpos blandos y suaves me miran mientras me interno en el cuarto. Sus cuerpos forman un caleidoscopio de colores y formas imposibles, un caos de serpientes, osos, calabazas, gatos, langostas, perros, casas, gusanos. Para mi sorpresa, esperan hasta que toco al primero de ellos para empezar a moverse y susurrar y gritar y abalanzarse sobre mí.

XVIII

Un torrente de arañas negras se desborda por mi almohada. Han tejido sus redes sobre mis párpados, cegándome. Puedo oírlas caminando sobre la tela, reuniéndose alrededor de mi cabeza. Me pregunto cuál de ellas será la primera en internarse en mi oreja.

XIX

Una criatura mecánica asciende por la pared del edificio en el que vivo, hundiendo sus extremidades de acero en el cemento, desgarrándolo. Apoyado en el alféizar de la ventana, jaleo cada uno de sus movimientos, y la abucho cuando se detiene, alza su cabeza metálica y me mira con su único ojo.

XX

Veo un hombre desnudo que camina hacia mí. Las plantas de sus pies sangran y dejan tras de sí un rastro retorcido, de color bermellón, que se agita a cada paso que da como una serpiente descabezada

XXI

Cuatro mujeres desnudas golpean, con ayuda de mazos y palas, a un hombre vestido con un traje elegante que yace en el suelo, cubierto de sangre. El hombre alza las manos al cielo, suplicando ayuda, pero con cada nuevo golpe que recibe no puede reprimir una sonrisa.

XXII

Desde la ventana de mi cuarto veo el amanecer. Cuando los primeros rayos del sol alcanzan a los primeros viandantes, éstos estallan en llamas, consumidos por una repentina combustión espontánea. Yo doy una calada a mi cigarrillo y dejo caer la ceniza sobre la acera.

XXIII

Un niño junto al lago, vestido con un traje negro; su cara y sus manos pintadas de blanco; inmóvil como una estatua. A sus pies una caja de cartón con unas pocas monedas. Una paloma blanca, sobre la cabeza del niño, picotea entre su pelo enmarañado en busca de alimento.

XXIV

Una mujer desnuda, atada a una silla de madera con tiras de cuero negro. De sus ojos ciegos brota un centenar de alfileres. Su boca está abierta en un grito mudo, y un hilo de saliva escapa por la comisura de sus labios. Frente a ella, en la pared, un viejo proyector de cine muestra, temblorosa, la palabra fin.



Por ella perdí la cabeza

Francisco Juan Barata Bausach

Francisco volvía al piso donde vivía con Laura, su novia, después de impartir unos cursos de Economía en la Facultad de Económicas de Madrid.

No había dejado de pensar ni un instante durante su ausencia en su chica, una mujer indescriptible, por su inteligencia y por su atractivo tan sensual.

Llevaban escasos meses de relación, pero su novia le había congraciado con las féminas después de algunos clamorosos fiascos y punzantes desengaños, que ya, próximo a los cuarenta tacos, le habían llevado a coquetear con la soltería; en realidad, antes de conocerla, se veía como un redomado solterón.

Conoció a Laura en una librería especializada de Barcelona en literatura “gore”, género que a los dos cautivaba. Ella ojeaba un libro de Brian Keene y Francisco la abordó porque le encantaba ese tipo de literatura; hablaron de Keene, luego pasaron a Rollo, a W. James White, a S. Clark y de eso surgió el interés, el cariño... y después todo lo demás.

Laura, cuando la relación ya era una realidad, no quiso tener secretos y le contó que tuvo antes otras parejas, bastantes en realidad. Por su belleza e inteligencia, no era nada extraño, Laura no era una mojigata ni Francisco celoso de su pasado.

Las conversaciones en la pareja siempre eran inteligentes, a los dos le sobraba esa virtud y la disfrutaban.

Aunque una vez Laura le comentó, sin darle demasiada importancia, una frase que le provocó cierta perplejidad y por eso Francisco siempre la recordaba: “yo persigo la inteligencia en mi pareja, solo su cabeza me interesa. Si me falla lo demás, me quedo solo con eso”. En aquel momento no acabó de comprender su significado, ya había comprobado que lo sexual también le interesaba... y mucho. La conversación derivó hacia otros temas, pero en otra ocasión, especuló Francisco, le pediría una explicación sobre el sentido concreto de aquella frase.

Inmerso en esas cavilaciones, estaba con muchas ganas de llegar y ansioso por abrazar a su chica. Cuando llegó al portal, entró al camarín del ascensor, el cual, como todo el edificio, era una interesante aportación al modernismo de principios del pasado siglo, típico del “Ensanche” barcelonés. Laura tenía allí un precioso ático heredado de sus padres.

Al llegar a la planta, Francisco reparó en la puerta del apartamento, estaba abierta, eso era

muy raro, quizás demasiado; desde el umbral llamó repetidas veces a Laura sin obtener respuesta.

Muy extrañado entró, dejando su bolsa de viaje en el recibidor.

Un insoportable olor a formol fue el único recibimiento que tuvo, lo que aumentó su perturbación; no tenía ni idea del origen de ese insufrible perfume.

El ático, debido a sus muchos metros cuadrados, era un complicado laberinto que en nada facilitaba a Francisco la búsqueda de Laura.

Al pasar por la puerta de la cocina, advirtió sobre el poyete un conejo desollado recubierto de moscas, con alguna que otra cucaracha danzando traviesa sobre los restos del animal. Además, un putrefacto olor le pasó factura a su olfato: la “repulsión” que sintió le recordó una escena de cierta película de culto de terror psicológico, dirigida por Roman Polansky, en blanco y negro.

Al fondo de un pasillo, observó entreabierta una habitación; era una de las que Laura siempre mantenía cerradas. Antes nunca la vio abierta, pero como el apartamento era de ella, no le dio mayor importancia. Cuando le preguntaba el porqué, ella contestaba que lo hacía “por ahorrar en limpieza”. Acabó, con alguna prevención, de abrir la puerta. Estaba oscuro: encendió la luz. El interior le llamó la atención y cruzó el umbral. Aquello tenía el aspecto de una morgue, las paredes estaban forradas de aluminio con portezuelas que semejaban los frigoríficos donde se conservan los cadáveres. Una de ellas estaba abierta con su camilla vacía.

Por su mente pasó una gélida y escalofriante premonición; aunque enseguida la desechó, no podía ser, pero aun así abrió puerta tras puerta. Observó horrorizado, en todas las puertas que abrió, ¡cuerpos de hombres sin cabeza! Un esca-

lo frío atravesó su columna vertebral cuando le vino a la memoria aquella frase de Laura: “...solo su cabeza me interesa...” Pero, lo más tétrico, lo que no podía comprender, por ser demasiado aterrador, era la causa de aquellos cuerpos descabezados.

Debía encontrar a Laura para entender aquel increíble horror.

Sumido en un marasmo de temores, de pensamientos que desechaba con la misma rapidez que los generaba, oyó la voz de Laura que le llamaba con la dulzura que solo ella sabía impregnar a su voz:

Francisco, mi amor, ven, por favor.

Indeciso por la impresión recibida, atraído por su amor hacia Laura y necesitado de una explicación para todo aquello, entró en la habitación de donde provenía la voz.

La habitación estaba muy bien iluminada, también era de las que solían estar siempre cerradas; pero nada más entrar, Francisco, espeluznando, horrorizado y sumido en un cráter de profundo terror, advirtió estanterías con frascos de cristal, muy ordenados uno al lado del otro, brillantes, sin mácula de polvo y con cabezas de hombres flotando, con el rostro de un blanco fantasmagórico, en su interior.

En una mesa vio otro frasco lleno de líquido incoloro, que debía ser formol, abierto, aunque sin ninguna cabeza dentro.

El olor le resultaba cada vez más nauseabundo.

No debiste dejarme sola, Francisco. La voz de Laura surgió de un rincón de la habitación.

La voz era un susurro, con aquella dulzura angelical característica de Laura; mientras hablaba lo miraba a los ojos con intensidad, con una frialdad glacial que no se correspondía con la afealdad de su voz.

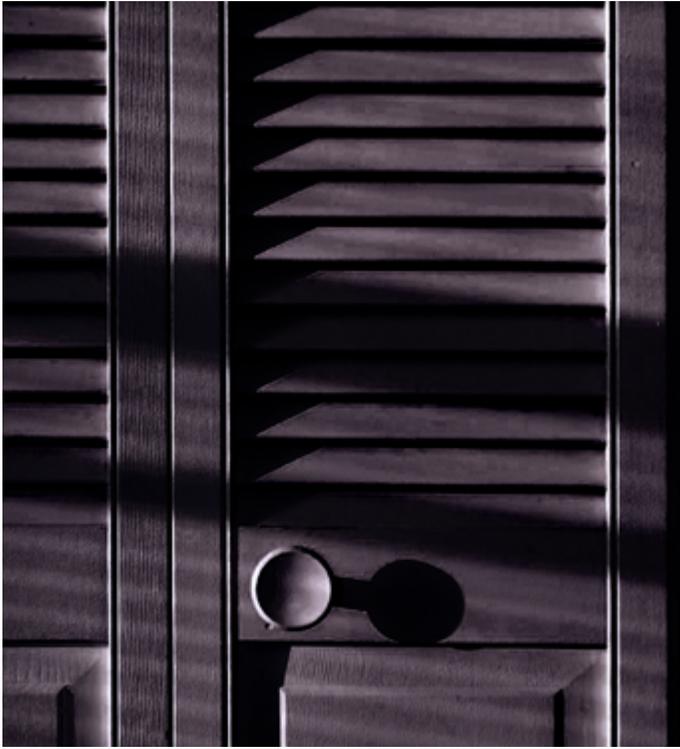
Ahora fue cuando Francisco empezó a comprender aquel comentario de su chica que no entendía. Fue entonces cuando vio, demudado por el pánico, cómo Laura empuñaba con ambas manos una catana, insensible ante lo que pronto haría; mientras, Francisco, inmóvil, sin capacidad de reacción, estaba atenazado por el terror. Lo comprendió todo demasiado tarde.

En ese preciso instante, Laura, de un certero mandoble, le cercenó la cabeza, que rodó por los suelos con lágrimas sangrientas en los ojos sin vida.

Laura cogió la cabeza de Francisco con extrema delicadeza y besó con dulzura sus labios, la metió en el frasco vacío y lo tapó. Colocándolo con cuidado en la estantería, junto a las otras cabezas, susurraba:

—Francisco, mi amor, nunca debiste dejarme sola.





Solos

Ángelo D`alessandro

Tabita y Billy Johnson eran dos hermanos de doce y nueve años respectivamente, tenían una pasión en común: ver películas de terror. Sus padres no les permitían desvelarse, lo cual era un obstáculo claro para ambos, ya que cada sábado por la noche el canal tres daba largas maratones de este género. Aquel veintitrés de noviembre, las cosas serían diferentes.

El señor Bill Johnson y su esposa Alexa Johnson tenían un congreso importante fuera de los suburbios donde vivían, lo cual dejaría aquel sábado por la noche libre de padres para ambos hermanos. La noche inició como cualquier otra: Tabita hizo algunas rosetas de maíz para disfrutar de la primera película, «Luciérnagas», y el pequeño Billy preparaba la sala. El teléfono de Tabita resonó en

el sillón, Tabita corrió y los hermanos se miraron las caras al ver la hora en la pantalla: 12:23 am., debajo de la hora se resaltaba «llamada entrante Mamá». Tabita levantó el teléfono, subió las escaleras corriendo, se detuvo en el pasillo, frente a un pequeño deposito donde colgaban los abrigos y guardaban los paraguas, y atendió:

—¡Hola! —dijo Tabita fingiendo voz de sueño.

—¿Están dormidos? —respondió la madre rápidamente.

—¡Yo sí! Iré a ver a mi hermano.

Caminó y abrió la puerta del cuarto del pequeño Bill de forma tan exageradamente ruidosa que su madre y cualquier persona cerca pudiera escucharlo. Al mirar dentro del cuarto de su hermano, observó por la ventana algo que la dejó fría e inmóvil. Por la ventana, podía apreciar, perfectamente, en el patio de los vecinos, unas velas muy grandes de color negro y rojo y a unas personas con túnicas negras, quienes se tambaleaban y caminaban de un lado a otro como si estuviesen desorientadas. Al contemplar aquella escena, bajó su mano derecha con el teléfono. No era aquella incomprendible escena lo que realmente la atemorizó, para nada. Lo que realmente inundó su cuerpo de un temor indescriptible fueron las miradas de aquellas personas que, a pesar de la distancia, habían virado bruscamente sus cabezas en dirección a la ventana y aquella adolescente podía sentir sus miradas siniestras sobre ella. La casa se llenó de penumbra por un apagón que fungía de cómplice. Una lagrима recorrió su rostro expresivo.

—¿Qué sucede, Tabita? —resonó en el teléfono la voz algo preocupada de su madre.

Levantó temblorosa el celular y respondió a su madre para comentar lo visto.

—¡Mamá...!

Tres golpes secos en la puerta de su casa la interrumpieron. Observó con temor el patio de los vecinos. Notó que solo quedaban tres personas con túnicas, inmóviles. Las grandes velas rojas estaban apagadas y un cuerpo desnudo e inerte resaltaba sobre el suelo adornado por un extraño símbolo dibujado con tiza blanca. La joven estaba incrédula de lo que pasaba. En el cuarto resonaban voces inentendibles y el eco producido por la voz de su madre por el celular. Escuchó cómo alguien con voz femenina charlaba con su hermanito. Un «déjame entrar» perturbó el cuerpo inmóvil de la joven. Corrió con el teléfono en la mano, bajó las escaleras apoyándose en la pared para no tropezar por la oscuridad. Al llegar abajo, Bill estaba de pie, mirando la puerta abierta.

—¡Llego la pizza! —exclamó Bill mientras miraba a su hermana pasmada de miedo.

—¿¡TABITA, QUÉ SUCEDE!?! —gritó la madre por el teléfono aún más preocupada.

Pero a Tabita no le importaba la voz de su madre o si aquella llegara a enojarse por la ausencia de una respuesta clara. Ya no le interesaba desvelarse o el posible castigo que conllevaría que su madre se enterara de su desobediencia. En aquel instante, a ella y a Billy les interesaba más lo que se encontraba de pie en la puerta, lo cual no era un repartidor de pizza. En la puerta estaba una silueta femenina muy alta: sus ojos tenían un brillo similar al que producen los gatos en la oscuridad por el reflejo de la luz. Ambos se juntaron al sentir miedo por escuchar la pesada respiración de aquella cosa que aparentaba ser mujer y que casi tocaba sus jóvenes e inocentes almas con esa mirada bañada por la luna misma. El tiempo parecía detenerse. Billy hizo un pequeño movimiento para dirigirse a las escaleras, lo que, claramente, fue un error fatal. La figura cubierta por penumbra corrió

en dirección a ellos. Ambos comenzaron a correr hacia arriba, la mujer tomó a Billy por los pies y lo tiró al suelo; Tabita se detuvo por un segundo y observó, gracias a la luz del celular, el rostro de pánico de su hermanito. «¡Ayúdame!», dijo sollozante Billy. Tabita respondió con un «lo siento» y continuó corriendo por el pasillo, se ocultó en el pequeño depósito y se sentó en el suelo. Escuchaba los gritos de agonía y dolor de su hermanito y apoyó su mentón sobre sus rodillas y miró, por las rendijas de la puerta de madera, cómo aquella mujer pasaba caminando con la cabeza de su hermano en la mano. Tabita la miró y los ojos de la cabeza de Billy viraron a verla bruscamente. Cerró los ojos y trató de calmar su respiración. Escuchando los gritos de sus padres preguntando qué sucedía por la bocina del teléfono, ignoró a la mujer que salía lentamente de la ropa que colgaban en el pequeño cuarto. Tapó la boca de la joven, acercó la suya al oído de Tabita Johnson y, al recitar unas palabras, los ojos de Tabita se tornaron completamente blancos. Las luces se encendieron, la televisión también lo hizo, las puertas permanecían abiertas y el silencio inundaba aquel lugar que una vez fue perturbado por el bullicio de dos niños.



Esperar

SHI

Negro

El cúmulo de la negrura invade este cuerpo muerto, pero mi consciencia sigue allí. Todo se hace más frío justo cuando dejo de sentir las cosas con mi cuerpo, y comienzo solo a ser partícipe del mundo a través de mi mente, de los vestigios que un cerebro desarrollado me ha propiciado.

Todos a mi alrededor lloran. ¿Por qué lo hacen? ¿Qué ha pasado?, ¿acaso he muerto? ¡OH, DIOS MÍO! ¿DE VERDAD MORÍ? No... no, no, no... ¡NO! ¿Cómo pude morir? ¿Por qué?, ¿por qué? No estaba lista, no... no estaba lista, no quería, tengo miedo... tengo miedo, tengo miedo... ¿qué me pasará ahora?, ¿a dónde voy a ir? No quiero dejar de existir, ¿acaso voy a dejar de existir? No... eso no va a pasar porque... ¿qué acaso no estoy sintiendo ahora?, pero... ¿qué es esto? se siente tan frío, se siente como que no soy yo, no me pertenezco.

Me siento mal, sí... ¿por qué no estoy vomitando? No tengo estómago, no tengo nada... Dios, ¡Dios!, ¿por qué todos siguen llorando?

Mi familia, mi hermosa familia, se reúne alrededor de mi cuerpo sin vida que ya se ha puesto rígido, que, apenas dejó de funcionar, comenzó a pudrirse lentamente en su primera instancia. Me veo. Dios, me estoy viendo. ¿Por qué no estoy allí dentro?, ¿por qué morí? ¡NO QUERÍA MORIR!, ¿POR QUÉ NADIE ME PREPARÓ PARA ESTO?, ¿POR QUÉ EN LA ESCUELA NUCA ME ENSEÑARON SOBRE ESTO?, ¿por qué somos tan insensibles?, ¿por qué ignoramos tanto la verdad más ineludible de la humanidad?

Ahora que veo cómo los trabajadores de la funeraria se llevan mi tieso cuerpo en esa plancha plateada, como cerdo que sale del matadero sobre ese metal tan frío, me doy cuenta de que nada valió la pena, nada sirvió.

Veo a mi familia llorar alrededor de la urna, mi cadáver: ¿de qué me sirvió vivir? Ahora solo los veo penar. Ahora no soy nada. No sé qué soy; cuándo me esfumaré y dejaré de existir. No sé si volveré a ser algo alguna vez, o si solo penaré hasta el fin de los tiempos. ¿Qué es esto?, ¿qué somos? ¿Por qué todos nos negamos siempre a contestar estas preguntas?

Mientras mi consciencia sufre sin poder ser consolada por nada o nadie; Viendo a los míos sufrir y seguir con sus vidas gradualmente —porque el tiempo lo cura todo—, me pregunto cómo es que nunca nos preparamos para la experiencia más importante que tenemos como seres humanos. Me deshago en la nada. Me pregunto por qué somos tan cobardes en tantos aspectos.

Estoy muerta: morí. ¿Y ahora qué me pasará?, ¿qué hago? No es como en las películas, no... No hay otro mundo, no hay nada. No hay una razón. Me refugio en mi fe y espero que sí... espero que el día de regresar llegue. Espero sentada, espero en la nada.

Esperar es todo lo que puedo hacer ahora.



Un pedazo de pastel

Gerson López

Las flores estaban en furor y el primaveral clima no excedía los diez grados centígrados, sin embargo, el cosquilleo de los nervios le hacían sudar. Sabía que podría arrepentirse de hacerlo, pero no había vuelta atrás. Miró a su alrededor para asegurarse que no hubiese testigos, entonces tomó el cuchillo y, sin remordimiento, partió el pastel en cuatro. Tomó un pedazo y, con una taza de café, se sentó en la terraza para deleitar las maravillas del paisaje: una ciudad gris con hedores y pululantes humanidades. Se embelesó observando la naturaleza de la pobreza, donde los transeúntes se apuraban para tomar un pedazo de su propio

pastel; donde todos querían una tajada de lo poco que les tocaba o se les permitía.

Frente a ese panorama, solo le quedaba el cinismo de observar con desdén a los que cruzaban calles y aceras tiznadas por el hollín que traspiran las ciudades. Observando esa decadencia, no pudo evitar hallar una estética entrópica en todo ello. Desde esa altura (con pastel en mano), sentía una especie de supremacía, de altanería, de glorificado altruismo y, con cada mordisco, dejaba caer migajas a esas calles apestadas de hormiguitas que deambulan de una colonia a otra, esperando que una reina indigestada les permitiera mordisquear unos cuantos billetes sobrantes.

Sabía que debía apresurar los hechos; que no era lógico comer tranquilamente en aquel lugar donde irrumpió con violencia mientras la luz del día estaba en su floreciente furor. Sabía que pronto sería descubierto, sobre todo por los gritos que profirieron los niños que en ese momento estaban amordazados en la estancia. Consideró que eso incrementaría su fama: sería como la cubierta o la cereza del pastel. En ese momento tuvo la brillante idea de asesinar a toda la familia. Imaginó los titulares, el escándalo, las teorías sobre los motivos y todo el amarillismo en torno a la noticia.

Regresó a la estancia, tomó el cuchillo, lo lavó en el fregadero (mientras lo hacía, se sintió ridículo por ese acto reflejo) y se dispuso a cortar una rebanada más pequeña: un octavo de pastel. Se acercó a la familia amordazada y le ofreció el trozo a la niña de tres años (nuevamente, se sintió ridículo, pues la niña tenía manos y pies atados, y la boca con un trapo fuertemente apretado). Inclínó un poco la cabeza y la observó un instante: descubrió con horror que su tez tenía un color purpúreo; al parecer se estaba asfixiando. Rápidamente soltó la mordaza, pero ya era tarde.

Iracundo, tomó el cuchillo y, frenéticamente, empezó a apuñalar la alfombra. Respiró profundamente tratando de calmarse. Emitió un profundo respiro, similar a un suspiro, cerró los ojos un instante y se deleitó con el sabor del pastel y el café que aún rezumaba en su lengua. Determinó que sería demasiado tarde para cualquier arrepentimiento. No había opción: tendría que terminar lo empezado. No había vuelta atrás. «Lo hecho, hecho está», pensó.

Lentamente, se levantó y se dirigió al fregadero. Allí observó cómo una hormiga trataba de arrastrar, con dificultad, una gran migaja. Pensó que, en su diminuto mundo, ese sería un pastel entero, que sería vanagloriada en la colonia. Todos emitirían gritos de júbilo, le darían palmaditas de felicitaciones en su acorazada espalda y, al día siguiente, esa fama se esfumaría por entre los arenosos pasillos de la colonia. Todos los días saldría a explorar el mundo con el anhelo de hallar un tesoro de igual valor y, así, conseguir otro pedacito de fama y congratulaciones. Movié la cabeza para sacudir los pensamientos que se aferran como garrapatas a un perro callejero. Acercó el dedo a la hormiga y la aplastó apaciblemente haciendo que la migaja se mezclara con la viscosidad del insecto. Después, con frialdad y rostro inexpresivo, apartó la velita en forma de tres y arrojó el resto del pastel al tacho de basura.

Se dirigió a la terraza y miró hacia el barranco de su vida; hacia el opaco reflejo que producía el abismo humano; hacia la entrópica estética de edificaciones enmohecidas por el tedio de la rutina. Al asomarse, también percibió las transeúntes profundidades de personas llevadas por la inercia de los días. Cuando culminara su propósito, ellos tendrían migajas de su fama, tan solo por ser espectadores.

Era ahora o nunca. El vacío era un seductor imán; el eco del abismo pronunciaba su nombre y le ofrecía la gloria del reconocimiento... una salida del anonimato. En ese momento, de espaldas a la estancia, no notó que el padre logró soltarse y, lentamente, tomó el cuchillo dispuesto a vengar la muerte de su pequeña. Pero justo antes de alcanzar al intruso, éste se lanzó hacia su destino insalvable; hacia las trashumantes vidas.

El padre de la niña, petrificado, se pasmó empuñando el cuchillo en el aire. En ese momento llegó la policía y, al ver al hombre con el arma en mano y a la niña muerta, le dispararon frente a su esposa y su otro hijo. En las noticias, al siguiente día, saldrían los agentes explicando cómo el hombre los atacó con un arma blanca y cómo se vieron en la obligación de proceder a dispararle. La esposa, en un intento por desmentir los hechos, recibiría amenazas porque, como es sabido: en boca cerrada no entran moscas. El suicidio, al final, pasaría inadvertido.

Desde las sombras

Edgard J. Rivera

Cuando me senté a escribir, tenía la intención de contar una historia cualquiera, pero el sueño me amansó y, adormecido, sucumbí en mi escritorio. El reloj marcaba las dos de la mañana cuando desperté entorpecido y dolorido, pues mis miembros se habían adaptado a la silla, dibujando una posición incómoda. Así que me levanté pretendiendo irme a la cama. Fue entonces cuando escuché el primer ruido: provenía del patio que está cruzando el estudio. El miedo en primera instancia me paralizó y opté por sentarme en el suelo. Una vez allí, esperé otra evidencia de la existencia del ser que me acechaba, pero nada llegó hasta mis oídos. El silencio se desplazaba por el aire sin más interrupción que el caminar mecánico del reloj de pared. Decidí aprovechar el susto que se desvanecía ya en mi pecho para escribir algo.

Entonces, la imaginación se deslizó hasta el hogar de las sombras, la oscuridad de donde provienen los monstruos. Visualicé en mi mente cómo emergía del piso una bestia milenaria. La doté de facciones rudas y salvajes: tenía un pelaje hirsuto que lastimaba al contacto; le dibujé garras que, al rozar el concreto, emitía un chirrido espantoso. De pronto, un golpe seco se escuchó ensordecedor en la apacible calma de la madrugada e imaginé que había dado un paso. Vi cómo su respiración levantaba las cortinas, y cómo sus miembros se movían lentamente; sentí la imponente de su descomunal tamaño, sus ojos enormes y sus fauces demoledoras. Sentí escalofríos cuando sonó la puerta desde afuera, pero no solté el marcador. Seguí añadiéndole características repugnantes y la imaginé detrás esperando educadamente a que le abra. Creí sentir

sus ojos a través de la madera y su resoplido acariciándola. Dejé de escribir, fui hacia la entrada, y cuando abrí, ahí estaba lista para devorarme, tal y como la describí en mi mente y en el papel: Su aliento era de fuego y sus ojos tan negros que los confundí en la oscuridad. Entonces, sus mandíbulas se separaron. Pensé en escapar y escribir otro final; pero era tarde, el demonio era real.

Monólogo de un rey

Roger Park Avila Vera

En un lugar muy tranquilo, de pocos pero extraños ruidos, donde no muchos eran amigos, se encontraba un muy estimado y pionero espíritu. Un poco ansioso por su estancia, y tal vez un poco decepcionado por su espera, deseaba, con quien debiera, poder descargar su queja.

Consideraba que no estaba en el lugar correcto, ya que a ninguna tentación otorgó cohecho, y por encima de todo, a «la palabra» siempre seguía recto. En algún momento dudó: ¿el engranaje se diseñó para su detrimento? Por alguna razón aquel lapso de aflicción parecía eterno, y cuatro paredes celestes serían su cielo. Cumpliendo treinta y tantos años dejó de hablar, aunque esperaba el momento para una conversación casual.

Algunas mañanas aparecía, en su libertad de movimiento, más cerca de la puerta, aquella que «salida» expresa. Un día se situó frente a ella y, ante inminente escape, comenzó a exclamar: ¡qué bajo has caído!, ¡castigas a tu hijo!, ¡tu único y querido!, ¿acaso para pagar los pecados de otros me has traído?

Entonces, manos blancas y suaves sobre aquellos hombros se situaron para devolver a aquel rey a su reino, al cual no se le dejaba abdicar, y de tal encierro no se debía liberar.

Mórbida pieza

Sabo de Oporto

Fescuálida figura danzante de huecos oscuros que usa de nuevo su típica capa confundida con la negrura de la noche. Macabro aspecto que nos incita a bailar una y otra vez con ella.

Deseamos movernos a voluntad para invitarla, aunque sea una vez, nosotros mismos en esta mórbida pieza, pero somos incapaces de entender que ella es la que siempre moverá nuestros rígidos cuerpos al son de su paso, al deleite de su antojo.

La tétrica danza que ejecutamos, como de costumbre a su lado, es lo único que nos queda para consolar nuestro deseo. Así que dejémosnos llevar por el único remedio que su figura puede ofrecernos y perdámonos para siempre en su manto sombrío por la eternidad.

Misterio

Godié

Una tarde, María tuvo un sueño diferente: sintió que un ser monstruoso acariciaba con ternura y pasión su cuerpo. Nunca había sentido esos espasmos deliciosos, inexplicables para ella. Sucedió muy rápido. Se despertó gimiendo de placer. Solamente miró sus sábanas llenas de sangre.

El próximo serás tú

Balthier Gallant

Ojos hinchados, rojizos de tanto llorar. Tembloroso. Sudoroso. Me quedaré atrapado en este espejo por siempre. ¿Lo has visto? ¿Has notado a esa cosa detrás de ti? ¡Cuidado! ¡Oh, no! Ha tocado tu hombro. Serás su próxima presa. Pronto quedarás dentro del espejo maldito que porta el demonio de enormes cuernos, ojos de infierno, piel de ceniza; serás aprisionado por la eternidad por aquel al que las brujas llaman «el de dientes pútridos». Sí, en su lista, el próximo serás tú.

Hogar, dulce hogar

Gabriela Mora

Todos los días se levantaba más temprano que ella para prepararle el café y abrir sus cortinas. Recordaba de aquella tarde en la cafetería de la universidad que sus dulces favoritos eran los de coco, por lo que colocaba uno sobre su almohada todas las noches después de terminar el quehacer, antes de que regresara del trabajo. Ella se iba apresurada, y regresaba tarde, por lo que nunca le podía agradecer en persona a la mucama por su excelente trabajo, así que le dejaba notas de gratitud rociadas con su perfume sobre la mesa del comedor. Él guardaba cada pedazo de papel como tesoro, abajo en el sótano, en donde hace dos años se había deshecho de la mucama y donde guardaba sus artículos de limpieza, con los que subía todos los días para dejar reluciente el hogar de la chica de la que se enamoró aquella tarde en la cafetería de la universidad, observándola caminar a lo lejos, escondido entre los arbustos.

Los niños muertos

Arlette Luévano

I

A los niños muertos les gusta mi casa. Andan por los corredores o se trepan a los techos. Juegan a esconderse tras las cortinas.

II

A los niños muertos les gusta mi jardín. Aparecen sus risas en la tarde, alguna pelota o canica, algún suspiro, sombra o huella.

III

A los niños muertos les gusta mi nombre. Lo pronuncian bajito, cerca de mi oído o juegan con sus vocales en la otra habitación.

IV

A los niños muertos les gusta mi espejo. Recargan ahí sus manitas para asomarse a mi rostro. Le dibujan espirales o estrellas .

V

A los niños muertos les gustan mis sueños. En cuanto cierro los ojos rodean mi cama. Sobre mi aliento danzan sus transparencias.

VI

A los niños muertos les gusta el silencio. Callan por días, hasta que prendo una vela y los llamo: aquí, niños, no me dejen sola.

Ailurofobia

Julia Melissa Rivas Hernández

Un golpe fuerte, un trueno, el sopor y una mente inquieta, las matemáticas del desastre que aunadas al rechinado que creerás escuchar, te asegurarán que después del golpetazo tu puerta se ha abierto, y que alguien ha entrado.

Es sólo el gato, te dirás. El mismo gato que a veces te mira cuando le das la espalda o cuando, en medio de la noche y el insomnio, decides tomar un trago para ayudarte a dormir; el que siempre te observa detrás de la ventana o detrás de la puerta con malla. Es el gato que rompió la red... «hace sofoco pero debí cerrar la puerta, no es nada más»; insistirás en eso tratando de calmarlo. Es el gato que entró al departamento.

Solo esto escucharás, una voz ronca y fuerte que, en medio de la noche, te dirá:

—No, no soy el gato, María.

Sonrisa

Al Samil

Un extraño evento se ha repetido toda tu vida, cuando te asomas al espejo, esa figura que se presenta frente a ti te mira con ojos llenos de esperanza que jamás ha sentido, con una sonrisa que nunca ha nacido de tu hueco ser, una sonrisa que siempre imitas para no preocupar a nadie, y, más que nada, para evitar tener que lidiar con los que te rodean. Imitas los gestos de la felicidad sin tenerla, pero en el espejo se ven reales.

Siempre has sentido envidia de ese ser detrás del cristal, al menos no tiene que lidiar con el mundo, vive en un lugar pequeño y seguro, ha de ser reconfortante saberse detrás de un vidrio que te protege. Tal vez por eso se ve tan estúpidamente feliz.

Siendo honestos, nunca has sentido que perteneces a este mundo, y no es sorpresa, tuvieron que abrir las carnes de tu madre para forzarte fuera de sus entrañas, de lo contrario no hubieses nacido siquiera.

Un día como cualquiera, en esa enfadosa y oxidada rutina que te ha estado devorando en vida, te llegó una idea que no te permitió moverte de enfrente de esa pequeña pared de cristal. Una idea que podría ser el porqué todo va tan mal, el porqué tu reflejo se ve tan feliz: Naciste del lado equivocado del espejo.

No sin cierta desesperación, te lanzaste a palpar ese espejo de cuerpo completo que compraste en Walmart, viendo como tu gemelo del otro lado fingía hacer lo mismo. ¡Maldita sea! Ni siquiera en tu búsqueda de respuestas te imitaba correctamente. Tenía un solo trabajo y se negaba a hacerlo, tu cabeza se llenó de ira y le lanzaste un rodillazo a esa risueña mofa de tu figura que no reflejaba tu sentir.

El espejo se rompió, y, peor aún, su mal hecho sostén dio de sí, haciendo que este se deslizara por la pared hasta el suelo, quedando parado, craquelado y ahora enseñándote un estropeado vitral de ti, todavía con ojos brillantes de felicidad, teniendo ahora más ojos para restregar su sentir en tu cara.

Decidido a al menos tener un poco de venganza, tomaste uno de los vidrios y lo retiraste, quitándole así un ojo a tu reflejo, cuando quisiste quitar el otro fue cuando viste tu sangre resbalando por tus dedos, deslizándose por los vidrios, llegando al suelo, ennegreciéndose en su pequeño camino. Tocaste otro vidrio, sin importarte el dolor cuando los filos de este muerden tu carne, y lo arrancaste, continuando tu tarea con una constancia que nunca tuviste ante en tu vida.

Al voltear a ver el resultado, esperando ver ese reflejo sin ojos y al fin sin sonrisa, te encontraste con la nada, el rompecabezas de ti se había ido y no había más que vidrio negro en su lugar. Confundido, das un paso atrás, y otro, y otro hasta que el pánico te paraliza y tu cuerpo comienza a temblar. Tu estomago se estremece y tu cuerpo le sigue, en un intento por controlarte cruzas los brazos en tu pecho, el martilleo de tu corazón sólo te hace sentir peor.

Ves el micro estanque que tu sangre ha formado frente al espejo. Te acercas de nuevo sólo para ver como este crece, se expande, se impone ante la realidad que grita es imposible. Un brazo esquelético surge del líquido negro, conectado a un hombro, a un torso, un cuello, una cabeza, todos ellos rápidamente cubriéndose de carne pulsante, viva, real. Pronto te encuentras viendo como un ser sonriente se yergue frente a ti.

Tenías razón naciste del lado equivocado del espejo, pero está bien, ahora el verdadero habitante de este mundo ha venido a reclamar su lugar.

El diablo como personaje en *Tambache de cuentillos panicosos* de Pancho Madrigal

Silvia Quezada Camberos

El diablo es el príncipe de los demonios (Mt., 12,24). La encarnación de la perversidad, el antagonista de Dios. Satán, que significa *adversario*, incita al hombre al mal, puede representarse a través de la serpiente del Génesis o el dragón del Apocalipsis. Figurativamente es un ser horroroso, su estampa humana se deforma cuanto más se acerca a los hombres, quienes advierten enseguida un olor a azufre, rojez en las carnes, mirada penetrante y retorcidos cuernos.

A partir de la Edad Media, la imagen del diablo es de una bestia mortal. De acuerdo con la comparación hecha por el apóstol Pedro, el diablo es como un león que trata de devorar a aquellos que están en la ignorancia: «Velad, porque vuestro adversario el diablo [...] anda alrededor buscando a quien devorar» (I, 5,8). Esta temeridad es legendaria, como su presencia misma.

La mitificación de la representatividad del diablo parte del texto bíblico y se asienta en las obras de Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita y el infante don Juan Manuel, obras de carácter moralizante que advierten al lector acerca de las adecuadas formas de conducta. Hay que estar temeroso de la palabra de Dios, no servir al maligno, cuidarse de la desobediencia, ser probo, porque aquel que

comete pecado es del diablo, y por ende, obsequia su voluntad y su vida.

En *Tambache de cuentillos panicosos* de Pancho Madrigal, el personaje del diablo aparece en la tercera parte de las narraciones presentadas. Esta es la razón por la que se ha decidido hablar del diablo al reseñar este libro. Seis de los diecinueve textos presentan a Lucifer como figura central. Observe el oyente los títulos: «Endiablada gula»; «El catrín de negro»; «Diablillo apestoso»; «El diablo en la cantina»; «El diablo en la parrilla»; «El diablito verde», y un séptimo relato que nombra la maligna presencia en «La carretilla endemoniada». Hay una característica que une a todos estos demonios: son pobres diablos.

Para lograr desmitificarlos, Pancho Madrigal se vale del humor negro, porque sus diablos no asustan, no causan temor ni hacen pensar en circunstancias graves, el diablo se vuelve caricatura, es un ente cómico sin proponérselo, incluso infantilizado. Satán se ridiculiza. El mexicano puede más que el chamuco, como se le llama al personaje en México. Ya el título es un adelanto del tipo de discurso que el narrador usará: Esta no es una colección ni un cuento de cuentos de miedo, sino un *Tambache de cuentillos panicosos*, por lo tanto el diablo no es Belcebú, Lucifer ni Luzbel, sino el *demoño*, el *coludo*, el *Candingas*, el *Caifán Mayor*.

En *La ciudad escrita*, Lauro Zavala explora al humor no sólo como una estrategia narrativa, sino que también lo reconoce como un estilo de



vida: «un vehículo para la crítica social, el síntoma de una ruptura con las convenciones, una exploración de lo diferente, un viaje hacia lo otro y tal vez, a fin de cuentas, el inicio de un diálogo más satisfactorio con la realidad» (Zavala, 2000, p. 9). Los mexicanos reímos siempre, no importa la gravedad del asunto.

En el relato «Endiablada gula» el despistado diablejo es vencido por tres hermanos rancheros que se lo quieren comer una vez que se lo han encontrado en los campos, porque el hecho de que no sea humano y se mueva, lo condiciona a la olla. La estrategia de los campiranos es hablar con refranes, artificio utilizado en aquellas ocasiones en que no querían que un extraño entendiera de lo que hablaban. Con oraciones como: «cuando el cochino está gordo, hasta el rabo es chicharrón» (21) o «en tiempos de veda no hay pato malo» (21), logran incitarse para emboscar al demonio, en una acción que no se verbaliza, pero se lleva a cabo: los hermanos sacan a un mismo tiempo sus rosarios, se persignan y comienzan a rezar. El chamuco termina como toda bestia: con las patas levantadas y la cola estirada.

Este cuento es particularmente interesante porque se relaciona con el pensamiento de Ambrose

Bierce respecto al lugar que ocupa el alma en el cuerpo. Bierce afirma que el alma se encuentra en el estómago, en contra de lo dicho por decenas de teólogos. De tal manera que si el interés supremo del diablo es apoderarse del alma de esos rancheiros que se ha encontrado en despoblado, son los hermanos quienes se lo llevan al estómago, en diablura mayor. Satanás queda listo para ser convertido en chicharrones a la diablo.

En «El catrín de negro» la representación de Luzbel se modifica. Recuérdese que el diablo «no anda escaso nunca de apariencias, como afirma Jean Chevalier en su *Diccionario de los símbolos*» (1993, p. 414). En el cuento de Pancho Madrigal el hombre de bigotes de vinagrillo ahora va «vestido de negro, con capa larga y bastón, y un sombrero de copa muy alta» (36). Es un transeúnte nocturno, que camina por las callejuelas del pueblo de medianoche y madrugada. La gente sospecha que ese sujeto es un difunto, o el mismo diablo. Al protagonista del relato, don Anfitrón Benites, no le asusta, incluso quiere tirarle el sombrero con su pistola, afición incontrolable que lo había llevado

a derribar todo tipo de tejanos, bombines y cascos disparatados.

Como todo cristiano, el antagonista del diablo sabe qué armas usar para vencer al demonio. A falta de estampas de santos, lleva tres rosarios, dos escapularios, agua bendita y un gran crucifijo. Con dicho armamento y escudos, el enfrentamiento se hace más fácil. La peripecia del cuento nos informa que aquel sujeto de sombrero de copa no era el diablo, sino un mago de circo. Pero el hecho es que la tradición no falla cuando aconseja que adminículos llevar para enfrentar al diablo, en caso de toparse con tan ingrato personaje.

Este cambio de espacios y de actitudes mundanas, provoca que el diablo se humanice. Y ya siendo humano es capaz de cualquier debilidad y desvarío, como la de treparse a la bicicleta de un hijo desobediente («El diablo en la parrilla») para dar una lección de pánico. Habrá que decirse que el diablo, no es único ni superior a los humanos con quienes convive, sino que hay montones de diablillos, uno verde, muchos rojos, con apariencia de chivo o de bestia con cuernos («El diablito verde»). De alguna manera, estos diablejos no son sino la representación de los muchos males que nos aquejan.

La presencia del mal en la vida cotidiana, es tan frecuente, que se le ha perdido el respeto. El diablo ya no muerde, ya no mata, ya no asusta. Es como ese personajillo que casi para cerrar el libro declara: «Yo siempre estoy acá, ocupado en esta noble y honrosa tarea de espantar gentes mortales; nomás que me aburro mucho porque aquí casi nunca ha a quién sacarle un buen sustazo» (78) y es que en estos impíos tiempos del siglo XXI, muchos ni siquiera conocen la historia del Diablo. Cada vez son menos aquellos que se dejan asustar por personajes que ya no nos parecen tan malos, o

será que el cultivo del alma ha dejado de ejercerse. Esa cuestión no corresponde discutirla aquí.

Referencias

- Bierce, A. (2001). *Diccionario del diablo*. Bogotá: McGraw Hill.
- Chevalier, J. y Gheerbrant A. (1993). *Diccionario de los símbolos*, Barcelona: Herder.
- Paz, O. (2001). *El laberinto de la soledad*, Madrid: Cátedra.
- Zavala, L. (2000). *La ciudad escrita: antología de cuentos urbanos con humor e ironía*, México: Solar, Ediciones del Ermitaño.

La fotografía: un inventario de la muerte

Mauricio Rumualdo

La idea de los seis ensayos que conforman el libro *Sobre la fotografía* (1977) de Susan Sontag se iniciaron a partir de un solo texto que la famosa crítica estadounidense había planeado realizar acerca de la omnipresencia de las fotografías en el mundo moderno. Esta inquietud por escribir acerca de la cuestión estética y moral de la fotografía se debió a la obsesión que la autora tenía por ella, afición que también le permitiría intimar con la fotógrafa Annie Leibovitz, con quien mantuvo una relación sentimental durante los últimos años de su vida. A pesar de que este libro fue el que le concedió la fama mundial, *Sobre la fotografía* no se trata de un estudio técnico ni un intento de historia de la fotografía, sino de un compendio de ensayos que reúnen reflexiones profundas acerca del papel de la fotografía en Occidente y en el mundo capitalista.

De manera general, estos ensayos versan acerca de la cuestión ética de la fotografía, de la relación de la fotografía con el arte, del lugar activo y pasivo del fotógrafo frente a la cámara, del carácter autoritario e impositor de la imagen, de la función de la fotografía en el embellecimiento, de la cultura de las imágenes impuesta dentro de la sociedad capitalista, del uso de la conciencia social en la imagen fotográfica, de la aplicación del surrealismo en la fotografía y del papel de la fotografía

como desmitificador del ideal poético que Walt Whitman había profetizado para Estados Unidos a finales del siglo XIX.

Por encima de todo este gran abanico de temáticas que la autora logra desarrollar de manera crítica en torno a la fotografía, pueden destacarse sus reflexiones respecto al espacio que ocupa la muerte en la captura de la imagen fotográfica. Aunque en primer momento podamos asociar esta muerte con el hecho de que la fotografía se trata de un «inventario de la mortalidad» en el que se congela la imagen de las personas que un día han de envejecer y morir, Sontag pone mayor atención hacia la deshumanización de la fotografía, la cual convierte a las personas en objetos.

Bajo esta lógica, la autora compara la profesión de un fotógrafo con la de un asesino que dispara a través de su arma (la cámara fotográfica), ya que es con este aparato técnico que el agresor ejerce el poder sobre la persona fotografiada para cometer un homicidio en primer grado que logra sublimarse: «transforma a las personas en objetos que pueden ser poseídos simbólicamente» (Sontag, 2006. p. 31). Por lo tanto, el aspecto de la muerte no solo se limita al hecho de que la fotografía termina por convertirse en una colección de imágenes de personas que alguna vez estuvieron vivas, sino que también se trata de una apropiación de las personas a través de la captura fotográfica para convertirlas en imágenes objetivas que puedan someterse a ideologías particulares, bajo las cuales



las personas retratadas se convierten en información, denuncia, historia, antigüedad, prueba o acontecimiento a partir de una ética de la visión impuesta y referida. Es la transición de los sentimientos humanos encarnados al momento de la captura fotográfica hacia el espectáculo de la sala del museo y los medios audiovisuales, porque el valor de la realidad concentrada en la fotografía no se encuentra en las personas retratadas, sino en la representación que ejercen a partir de convertirse en objetos fotográficos.

Pero estos homicidios fotográficos, a la vez que revelan la muerte del ser humano, también se tratan de un intento por sobrevivir a un tiempo ya ocurrido: son una búsqueda por la supervivencia a partir de otra realidad, la realidad de la imagen fotográfica. Encima, este espectáculo en el cual se convierte el objeto fotográfico convierte a la muerte en objeto de arte debido a la distancia estética. Así como la captura fotográfica reduce a la imagen a una realidad objetiva, también la convierte en una realidad que resulta inagotable para la experiencia visual y recreativa del espectador, que pue-

de o no corresponder a la visión dirigida con que se reproduce.

Aunque esté repleta de afirmaciones severas que a veces puedan resultar controversiales, *Sobre la fotografía* es una invitación a repensar, a estudiar y a abrir las posibilidades teóricas acerca de la intervención de la fotografía en el mundo moderno. La muerte es sólo una de las tantas facetas que Susan Sontag esboza dentro de sus brillantes ensayos, que ponen sobre la mesa la reflexión y crítica hacia la sociedad de imágenes en la que continuamos viviendo, imágenes que en ocasiones resultan más reales que la propia realidad: «De estar «allá afuera», el mundo pasa a estar «dentro» de las fotografías» (*Ibid.* p. 119).

Bibliografía

Sontag, Susan, *Sobre la fotografía*, México: Alfabeta, 2006.

S

